



un infierno de hermosas mujeres

KEITH LUGER



UN INFIERNO DE HERMOSAS MUJERES

SS Nº 1121

Autor: Keith Luger

UUID: abf7da48-66ea-4e2c-ba2b-9a94bdc14e

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

—NENE, ¿me das un trago? —me dijo la rubia.

—Yo no soy un nene. Tengo veintiocho años. Y ejerzo la profesión de investigador privado. Dejé hace mucho tiempo el chupete y ahora llevo pistola bajo la axila. Una pistola que me sirve para matar a hijos de perra.

Pero ella tampoco era una nena. Estaba muy bien proporcionada por donde quiera que se la mirase.

Le alargué mi copa y ella bebió un traguito. Se pasó la puntita de la lengua por los labios.

—Eres muy largo.

—Pues no uso zancos.

Ella se echó a reír. Había bebido un poco de más.

Se colgó de mi cuello y me besó en los labios.

—¿Eso por qué, rubia?

—Te has ganado un premio por el mejor chiste.

—Aquí hay gente muy inteligente. Estoy seguro de que sabrán hacer chistes mejores que los míos.

Era cierto. No lo decía por inmodestia. Aquélla era la gran fiesta que daba el productor de cine Mark Robbins en honor de su actriz Jane Meyer por el feliz término del rodaje de su película *Una mujer para tres hombres*.

Y, como era lógico, allí estaban todos los que habían intervenido en la realización del filme y otras trescientas personas pertenecientes al mundo del cine: actrices, actores, agentes artísticos, directores... Tampoco faltaban los muchachos de la

Prensa, y esas señoras que cotillean en las revistas de gran circulación. La más famosa de ellas, Patricia Casey, me había guiñado el ojo, pero yo no le contesté porque era gorda como una ballena y a mí sólo me gusta el pescado en el plato.

No, yo no había trabajado en el filme *Una mujer para tres hombres*. Tampoco pertenecía al mundo del cine, aunque, como tenía mi oficina en Los Ángeles, había trabajado para algunos personajes de Hollywood. Y por casualidad no me volví loco. Por eso rehuía a aquella gentecilla. Y ahora me sentí tentado no por una linda mujer, sino por un hermoso billete de mil dólares.

Mark Robbins me había llamado a la oficina tres horas antes y me había dicho:

—Señor Simmons, le invito a mi fiesta.

Yo le contesté:

—Señor Robbins, no me gusta ir a los manicomios. Me deprimen. Hasta la vista.

Antes de que yo colgase, él dijo muy rápido:

—Mil dólares.

—No está en una subasta, señor Robbins —le contesté.

—Mil dólares por sólo venir y escucharme. Le espero a las seis.

Leí el periódico. En él se anunciaba la fiesta de Mark Robbins. Las más brillantes luminarias de Hollywood estarían allí. Conocía a algunas personalmente, pero no conocía a Raquel Welch. Y la nena Raquel también estaría allí. Demonios, a nadie le pagarían mil dólares por ver a Raquel Welch.

Y así me metí en un infierno de hermosas mujeres.

Pero no fui a las seis, sino a las siete, cuando ya la fiesta estaba en rodaje.

No había visto aún a Raquel Welch.

—Eres muy grandote —dijo la rubia.

—Ochenta kilos de músculo y hueso.

Era la verdad. No había criado una molécula de grasa desde quince años atrás. Me movía mucho. Tenía que moverme muy aprisa para salvar el pellejo. Unos cuantos policías de Los Ángeles me conocían entre ellos con un apodo, Rock Simmons, alias el Carnicero.

Pero palabra que yo no me había ganado nunca la vida

repartiendo chuletas. Repartía otra cosa. Leñazos. Podían haberme puesto de apodo el Leñador y habrían sido más justos.

Soy el mejor colaborador de los «polis», pero ellos a veces no me comprenden. No, no me comprenden cuando desparramo en un callejón los sesos de alguien. Cuando les digo que se trata de los sesos de un bastardo, ellos me dicen que no debo ensuciar la ciudad.

—Eres muy guapote —dijo la rubia.

No soy un tipo bello, a la italiana. Y ya que estaba en el terreno de los locos del cine, debo decir que alguien me había dicho que yo era una mezcla de Burt Lancaster y Kirk Douglas con unas gotas de Paul Newman.

Tres muchachas estaban bailando mientras medio centenar de invitados les acompañaban con palmas.

Las bailarinas estaban con bikini.

Yo llevaba allí media hora y tampoco había visto a Mark Robbins. Pero tenía que verlo para que me pagase los mil dólares después de oír su cacareo.

La rubia acercó su boca a mis labios diciendo:

—Bésame, bruto.

Eso era verdad. Soy un poco bruto. Tan sólo unos días antes había mandado al hospital a dos tipos. Uno con seis costillas rotas, y al otro le tendrían que poner una nariz nueva. Eran dos matones al servicio de un gangster. El jefe de los dos hospitalizados no volvería a contrabandear con mujeres. Lo despanzururé. Tuvo un hermoso entierro, ya que se encontraba en la flor de la vida y le mandaron cinco mil kilos de flores. Y yo, como no odio a nadie, también le mandé un ramo. De margaritas.

Decidí que lo mejor que podía hacer era besar a la rubia. Y ya iba a hacerlo cuando alguien me puso una mano en el hombro y me dijo:

—¿Señor Simmons?

Era un criado.

—Sí, soy Rock Simmons.

—El señor Robbins lo espera. ¿Quiere seguirme?

La rubia hizo un hociquito para recibir el beso. Le pegué un pellizco en la mejilla y le dije:

—Te pagaré el segundo plazo del premio luego.

Ella se quedó muy triste.

Fui detrás del criado.

Dejamos atrás un par de habitaciones donde las parejitas se besaban entre risas.

Y al fin llegamos a una habitación donde había un hombre a solas.

Me estrechó la mano cuando el criado se hubo ido.

—Gracias por venir, señor Simmons. ¿Un whisky?

—Ya bebí fuera.

—¿Un cigarrillo?

—Fumaré de los míos...

—Si prefiere un cigarro...

—No, gracias.

Encendió un grueso cigarro después de despuntarlo con unas pequeñas tijeras y yo empecé a quemar mi cigarrillo.

—Señor Simmons, le voy a hacer un encargo muy importante. Pero quiero que lleve el asunto con la mayor discreción.

—Espere, señor Robbins. No puedo hacerle ninguna promesa hasta saber de qué asunto se trata. Luego ponga sus condiciones. Yo le diré si las acepto o no. Es mi forma de trabajar y no la cambio por nadie.

Sus mejillas se pusieron un poco coloradas. Era un mandón del cine. Estaba acostumbrado a dar las órdenes y que los demás le obedeciesen sin rechistar.

Inspiró profundamente y dijo:

—Está bien, señor Simmons. ¿Nos sentamos?

Ocupó un sillón y yo me senté en el sofá.

—Señor Simmons, mi actriz Jane Meyer ha sido amenazada de muerte.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Qué medio utilizaron para amenazarla?

—Usaron el correo.

—¿Tiene ahí las cartas?

—Sí.

Sacó dos sobres del bolsillo y me los entregó.

Abrí el primero. Dentro había una sencilla cuartilla en donde habían pegado unas letras recortadas de un periódico. El anónimo decía así: «Vas a morir, Jane Meyer».

Eso era todo. Abrí el segundo sobre y extraje el papel. Otra cuartilla con letras parecidas a las anteriores. Pero el texto era distinto: «Se acerca la hora de tu muerte, Jane Meyer».

No había más.

El matasellos de la primera carta era del 5 de septiembre. La otra, del 12 de septiembre. Así que había pasado una semana justa entre la primera amenaza y la segunda, y dos días desde la última, porque aquel día era el 14 de septiembre.

—Señor Robbins, ¿qué le hace suponer que esta amenaza es real?

—Jane Meyer estuvo casada hace tres años. Sólo lo estuvo por dos meses. Su marido era Richard Lambert, un músico de jazz.

—¿Por qué se divorciaron?

—Lambert era drogadicto.

—¿Jane alegó eso como causa del divorcio?

—Oh, no, de ninguna manera. Incompatibilidad de caracteres.

—Lo de casi siempre.

—Aquellos dos meses de matrimonio fueron un infierno para ella. Al principio trató de apartar a Richard de la droga, pero usted sabe que eso es muy difícil, por no decir imposible.

—¿Quiere decir que ella intentó meterle en un hospital?

—Es una clínica privada. Jane ya estaba ascendiendo en su carrera y no le interesaba la publicidad. Pero Lambert no dio su aprobación. De modo que a Jane no le quedó más solución que la del divorcio.

—¿Se opuso él?

—No.

—Fue una separación amistosa.

—Desde luego.

—Hasta que ahora llegaron las amenazas.

—Tiene que encontrar a Lambert.

—¿Y qué hago con él, señor Robbins? ¿Lo convierto en carne para albóndigas? ¿O le cuelgo una piedra alrededor del cuello y lo

lanzo al mar?

Me levanté.

—No acepto su encargo, señor Robbins.

—¿Por qué no?

—Me está mintiendo —me dirigí hacia la puerta—. Y quédese con sus mil dólares.

Abrí la puerta y vi a Jane Meyer.

Era hermosa y bella. Sus admiradores se contaban por miles y su fama iba en ascenso. Se aseguraba que Jane Meyer ocuparía en un plazo breve el puesto que había dejado vacante Marilyn Monroe y que nadie había podido ocupar.

—Señor Simmons, he escuchado todo lo que han dicho desde la habitación vecina.

—Felicidades por ser tan buena espía, y adiós.

—Por favor, no se marche.

—Acostumbro a despedirme cuando un cliente pretende engañarme.

—Tiene usted razón. El señor Robbins le ha mentado. Pero yo le diré la verdad.

Me miró a los ojos. Los suyos eran verdes y grandes.

Sacudí la cabeza en sentido afirmativo, pero de haber sabido lo que me esperaba habría huido como del mismo diablo. Lástima que no vendan bolas de cristal para conocer el porvenir.

Volví a mi sillón.

Robbins se levantó, cogió una mano de Jane y la besó.

—Sólo dije lo que tú me aconsejaste, Jane.

—Pero no pensé que el señor Simmons fuese tan inquisitivo.

Yo no tenía nada que decir y permanecí callado.

—Señor Simmons —dijo Jane—, tiene que encontrar a Richard e impedir que me mate.

—Deme una razón para que lo haga. Y, por favor, no mencione el dinero.

—Como usted quiera.

Dio unos pasos por la estancia frotándose las manos junto al estómago.

—Jane —rompió el silencio Robbins—. Si quieres, no lo digas.

Contrataré a otro investigador menos exigente que el señor Simmons.

Ella negó con la cabeza.

—Me han dicho que es el mejor. Y yo quiero el mejor —se volvió hacia mí—. Señor Simmons, yo soy la culpable de que mi marido fuese un drogadicto. Fui yo quien le impulsó a tomar la droga. Porque, entérese, señor Simmons, yo también la tomaba.

CAPÍTULO II

ESO había dicho ella, la hermosa Jane Meyer. Que tomaba la droga.

—¿Me ha oído, señor Simmons?

—Sí, perfectamente.

Robbins ladró:

—Simmons, le perseguiré judicialmente si dice una palabra de esto.

—Señor Robbins, aunque yo no aceptase, nadie sabría por mí lo que la señorita Meyer me está confesando.

Robbins fue a decir algo más, pero Jane le interrumpió con un gesto.

—Señor Simmons, yo había fracasado durante dos años en mis intentos por llegar al estrellato. Pensé que todos estaban contra mí. Que tenían interés en que no triunfase. Y busqué refugio en la droga.

—¿Qué clase de droga?

—Empecé con la marihuana.

—¿Y después?

—Cocaína. Y también tomé LSD. Era ya una drogadicta cuando conocí a Richard en un club donde tocaba jazz. Él se enamoró de mí perdidamente. Durante unos días logré apartarme de la droga, quizá para que nuestra luna de miel no sufriese ningún eclipse. Pero después... Después empecé de nuevo.

—¿Se casó Richard Lambert con usted sabiendo que era una drogadicta?

—Lo supo luego. Pero admito que nuestra luna de miel fue muy corta.

—¿Qué hizo Richard al saberlo?

—Trató de ayudarme; quiero decir de apartarme de la droga.

—¿Lo consiguió?

—Todo lo contrario. Él también se hizo adicto... Sí, señor Simmons, eso hice con Richard. A las dos semanas de estar casada con Richard, nuestra vida era un tormento continuo. Recriminaciones, frases hirientes. Y hasta peleas. Una vez llegamos a las manos. Yo traté de golpearle en la cabeza con un cenicero de bronce. Él me abofeteó. Nuestro matrimonio ya no tenía salvación. Y entonces conocí a Mark Robbins. Él me comprendió. Mark vio todas mis posibilidades... Pero se percató enseguida de lo que me pasaba. De que era una víctima de la droga. Y lo primero que hizo fue curarme. Fui yo misma la que visitó una clínica privada para que me apartasen del vicio y no Richard... Robbins logró inculcarme la voluntad de vencer. Lo conseguimos, señor Simmons. Fue un triunfo y nunca lo habría logrado sin la ayuda de Mark. Salí de allí curada y no he vuelto a recaer...

—¿Qué pasó con Richard Lambert?

—Me divorcié de él cuando salí de la clínica.

—¿Se opuso Richard?

—No me quería conceder el divorcio tan fácilmente. Mark allanó esa dificultad.

—Con dinero.

—Sí, señor Simmons.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—Y todo se arregló para usted.

—Desde luego.

—Menos para Richard Lambert.

—Usted pensará que soy una mujer cruel.

—Algo así.

Mark saltó del sillón.

—Señor Simmons, no me gusta nada la forma en que habla. Está ofendiendo a Jane Meyer.

—¿Debo marcharme, señorita Meyer?

—No.

—¿Por qué quiere que sea yo quien busque a Richard?

—Me han hablado muy bien de usted. Una amiga. Una actriz para la que usted trabajó hace tres años.

Yo sabía a qué actriz se refería. Cuando me contrató, la estaban chantajeando con unas cartas de amor que ella había escrito cuando era una inexperta jovencita. Las cartas habían sido compradas por un sapo que se valía de media docena de sapitos para sus negocios sucios. Chantaje a gran escala. Y yo me jugué el pellejo y el sapo y sus sapitos no pudieron seguir haciendo de sanguijuelas. Devolví las cartas a mi cliente a cambio de un par de miles de dólares.

—¿Qué supo de Richard después del divorcio?

—Nada.

—¿Intentó él buscarla a usted?

—No.

—¿Usted a él?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Quizá le remordió la conciencia. Usted lo había convertido en un drogadicto. Y usted triunfó, señorita Meyer. Pensé que quizá, en algún momento, decidió hacer algo por Richard. Lavar su culpa.

Mark Robbins saltó del sillón como yo esperaba y se dirigió a mí con la cara congestionada.

—¡Es usted un hijo de perra, Simmons!

—Si me toca, le hago tragar el cigarro.

Tenía el puño listo para dispararlo contra mi cara, pero mis palabras lo contuvieron.

—Por favor, Mark —dijo Jane—, así no adelantaremos nada.

—Pero este tipo te está pisoteando.

—Lo merezco.

—No te entiendo. Palabra que no te entiendo.

Mark se marchó a por un frasco de whisky y se sirvió una copiosa ración. No me invitó esta vez.

—Señorita Meyer —dije—, le haré la misma pregunta que a Mark. ¿Por qué razón cree que las amenazas de muerte vienen de Richard?

—Hace un año me llamó por teléfono.

—¿A dónde?

—A mi casa de Hollywood.

—¿Qué le dijo Richard?

Jane se humedeció los labios con la lengua.

—Me dijo: «Jane, voy a dejar que llegues más alto y luego te haré caer». Eran las dos de la madrugada. Iba a tomar un baño. Venía de una fiesta cuando sonó el teléfono. Mi número lo tiene muy poca gente y él lo había conseguido de alguien. Se dio a conocer.

—¿Era su voz?

—Desde luego. No tuve ninguna duda. Era Richard. Entonces me lanzó su amenaza.

—¿Qué le contestó usted?

—No pude responderle porque él colgó.

—¿Volvió a llamarla?

—No.

—¿Piensa que él realmente intenta matarla?

—He sido drogadicta y sé lo que puede haber pasado por la mente de Richard durante estos años: Él tenía una brillante carrera como intérprete de jazz. La destrozó por la droga. Y fui yo quien le metí en ese infierno.

—¿Dónde cree que puede encontrarse?

—No lo sé. Trabajaba en la época en que lo conocí, y durante nuestro matrimonio, con un conjunto, Los Singer. Eran cinco...

—¿Qué parte hacía Richard?

—Es pianista... En aquel tiempo, uno de los mejores pianistas. Los entendidos decían que llegaría a ser una gran figura. ¿Lo entiende, señor Simmons? Richard llevaba mucho tiempo pensando en que lo destruí, en que yo acabé con su carrera. Y ahora estoy ya en lo alto. Y cada vez iré más arriba. Eso es lo que Richard no ha podido soportar.

—Apúntese en un papel el nombre de los cuatro compañeros de Richard en el conjunto.

—Sólo recuerdo el nombre de dos de ellos. Y también conozco el de su agente artístico

Se fue al escritorio y se puso a escribir aquellos tres nombres.

Mientras tanto, Mark Robbins vino hacia mí con su vaso de

whisky en la mano.

—Si este asunto trasciende a la Prensa, haré que le quiten la licencia, Simmons.

—No me amenace, Robbins. Y eso me recuerda que me debe mil dólares.

Sacó una abultada cartera y extrajo un billete de a mil dólares. Yo veía muy pocos y quise ver algunos más.

—Otros dos mil para gastos, Robbins.

—Cuidado, Simmons. Soy un productor con éxito, pero no regalo mi dinero.

—No me va a regalar nada. Lo que yo cobro lo gano. Le pasaré la cuenta al final del trabajo.

Jane me alargó el papel y le eché un vistazo a los nombres. Los dos compañeros de Richard Lambert se llamaban Alex Palmer y Jack Morris. Y el agente artístico era Walter Adams, con la oficina en la calle Los Arroyos, 334.

—Gracias, señorita Meyer. Pero ha olvidado algo. Su teléfono.

—Oh, sí.

Le devolví el papel y escribió su número.

—Tendrá noticias mías —dije.

—Dese prisa, señor Simmons. Y deje todos los asuntos.

—No estaba trabajando ahora en ningún caso. De lo contrario, no habría aceptado su encargo. Por tanto, me dedicaré a buscar a Richard Lambert. Si saben algo nuevo, comuníquenmelo.

—Cuente con ello.

Miré a Mark Robbins y él hizo un gesto afirmativo mientras soltaba un gruñido.

Salí de allí.

La rubita había encontrado a un nuevo compañero. Pasé por su lado y oí lo que le decía:

—Usted es muy grandote.

Ya nada tenía que hacer allí. Fui al aparcamiento, monté en el descapotable y me despedí de la fiesta sin ver a Raquel Welch. Otra vez será, hermano.

CAPÍTULO III

UNA pelirroja estaba tecleando en una máquina y no se interrumpió para echarme una ojeada.

Era muy bonita.

—¿El señor Adams? —dije.

—¿Qué sabe hacer? —me preguntó.

—Beso a las pelirrojas que no me miran.

Entonces me miró.

—Hemos sido visitados por muchos payasos —dijo—. El señor Adams no los puede colocar a todos. Búsquese a otro agente.

—Mi número es especial.

—¿Ah, sí?

—Tenía que verme con la guitamarra. Es lo que los demás llaman guitarra. Y digo chistes como éste: «Cuál es el pez que usa corbata?» ¿No lo sabe?

—No.

—El pes-cuezo.

Se quedó tan seria como si se hubiese tragado un bacalao.

—Usted no debería dedicarse a eso —rezongó.

—¿Ah, no?

—Se morirá de hambre.

Me incliné sobre ella y le dije:

—Rojiza, usted es mi tipo.

—Pero usted no es el mío.

—Un día de éstos va a cambiar de opinión.

—Seguro. Dentro de quince o veinte años.

—Para entonces, usted y yo estaremos viejecitos, rojiza. Y lamentaremos muchas cosas. Entre ellas no haber salido juntos a cenar. Y se ganará la cena con solo pasarme a su jefe.

—Elijo a las personas que me invitan.

Se levantó.

—Le anunciaré al señor Adams.

—Bravo.

—A condición de que olvide lo de la cena.

—Pero se arrepentirá de no haber aprovechado esta oportunidad. Y mi nombre es Rock Simmons.

Se marchó hacia la puerta del fondo y observé el contoneo de sus caderas. Palabra que era un buen contoneo.

Tardó dos minutos en regresar.

—El señor Adams le concede cinco minutos.

—Quizá me basten y quizá no.

—Procure que le basten porque tiene concertada una entrevista.

Walter Adams estaba sentado tras un escritorio. Era un tipo delgaducho, de ojos saltones.

—Los tiempos son muy malos para todos, señor Simmons —gruñó.

—El desempleo en el país ha llegado a ser alarmante —asentí—. Un poco más y sólo trabajará el presidente.

—¿Qué presidente?

—El que está en la Casa Blanca.

Lanzó una carcajada.

—Su chiste es bueno, señor Simmons.

—Pero no me gano la vida soltándolos con la guitarra.

—Fue lo que dijo a Maureen.

—Lo dije para simpatizar con ella.

—¿Y cómo se gana la vida?

—Soy investigador privado, señor Adams.

—¿Hace esa basura?

—Correcto, señor Adams. Meto la mano en el basurero y de vez en cuando saco cosas muy sucias.

Me miró las manos y arrugó la nariz como si ya estuviese oliendo a podrido.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Simmons?

—Estoy buscando a Richard Lambert.

Se mordisqueó el labio inferior.

—Richard Lambert —repitió—. Un buen tipo. Lo recuerdo bien. Iba a ser alguien en el jazz. Casi lo era cuando trabajaba en El Navío Fantasma. Allí se reunían los verdaderos amantes del jazz. ¿Vio a Richard Lambert interpretar?

—No tuve esa suerte.

—Era algo único. Aunque había que esperar un poco. Sólo estaba inspirado después de la medianoche.

—A la hora de las brujas.

—Una buena combinación, ¿no le parece? El Navío Fantasma. La hora de las brujas... Después de las doce de la noche, se creaba un ambiente fantástico en el local, y Richard empezaba a sentirse en forma. Y qué forma, señor Simmons. Era diabólico.

—Imagino que Lambert tendrá un ambiente parecido ahora, aunque no está trabajando en El Navío Fantasma.

—No lo creo. Richard Lambert dejó de tocar jazz hace dos años.

—¿Y qué música interpreta ahora?

—Ninguna. Padecía una enfermedad.

—¿Qué clase de enfermedad?

Adams tabaleó con los dedos en la mesa mientras me observaba fijamente.

—¿Quién es su cliente, señor Simmons?

—No acostumbro a decir el nombre de mis clientes.

—¿Hay algún dinero para mí?

Era un chupóctero.

Saqué la cartera y extraje dos billetes de a cinco dólares. Los enrollé en mi dedo índice. Adams sonrió.

—La vida está muy cara. Hoy por diez dólares no se hace nada.

—Es lo que va a sacar de esto.

—Perdone, señor Simmons, tengo que celebrar una entrevista.

Saqué otros dos billetes.

—Son veinte pavos, Adams. Y no espere sacarme uno más.

Alargó la mano y se apoderó de los cuatro billetes. Los miró con tristeza.

—El dinero. Unos dicen que es maldito. Pero yo soy de los que opinan que es muy hermoso.

—¿Qué clase de enfermedad padecía Richard Lambert?

Inclinó la cabeza sobre la mesa como si temiese que alguien pudiese escucharle.

—Se volvió loco —soltó una risita—. Sí, señor, se volvió loco, pero eso era natural. Richard Lambert era un genio y todos los genios se vuelven locos antes o después.

—Siempre hay una razón para volverse loco.

—Richard Lambert tuvo mala suerte. Su mujer lo abandonó.

—¿Por qué?

—Las personas se casan porque se aman. Algunas dejan de amar al poco tiempo. Y otras tardan un poco más. Pero el matrimonio termina como todo, señor Simmons. No hay nada eterno.

—¿Cuántas veces se divorció usted, señor Adams?

—Tres. Y me están poniendo morado entre mis tres esposas. No me dejan ni para calcetines...

—Gracias por su lección sobre el matrimonio.

—No tiene por qué darlas. De todas formas, usted, cuando llegue la hora, cometerá el error. Así es la condición humana. Los consejos no sirven para nada. Es como conjugar un verbo. Yo tropiezo... Tú tropiezas... Él tropieza.

—Todos tenemos que tropezar alguna vez, señor Adams. Es ley de vida. Volvamos a Lambert. Se volvió loco. ¿Cómo y cuándo?

—Siempre recordaré aquella mañana. Me llamó uno de los compañeros de Lambert en el conjunto, Norman Oliver. Compartían una habitación en un hotelucho. Norman dijo que Lambert quiso tirarse por la ventana. Luego decidió cortarse las venas con una cuchilla de afeitar. Me di mucha prisa, y cuando llegué, Lambert casi había estrangulado a Norman. Pude hacerme con él e impedir que lo matase. Lambert reaccionó. Se dejó caer en el suelo y se echó a llorar. Empezó a hablar. Dijo que iba a llegar tarde al concierto de jazz que tenía apalabrado con Abraham Lincoln. Entre los invitados estarían Napoleón y Josefina. Y no faltarían el general Washington, Rodolfo Valentino y las mayores personalidades de todos los tiempos. Llamé a una ambulancia. Richard sufrió otro ataque y le pusieron la camisa de fuerza. Lo

internaron en el hospital Murray para enfermos mentales. No pude ir a verlo. Tenía mucho trabajo. Un día sonó el teléfono. Llamaba un empleado del hospital Murray para anunciarme que Richard Lambert se había fugado. Desde entonces no he vuelto a saber de él.

—¿Cuándo se fugó del hospital Murray?

—Hará cosa de un año.

—¿No lo ha visto nadie que usted conozca?

—Nadie. Lambert ha desaparecido. Puede estar muerto. Puede estar en Europa. O quizá se fue a Alaska. No lo sé.

—Según mis informes, Lambert y Jane Meyer se divorciaron.

—Y fue una suerte para Jane porque ya lo ve, ella está ahora triunfando. ¿Ha visto sus películas, Simmons?

—Ninguna.

—Pues vaya a ver alguna. Pasará un buen rato. Es una chica sensacional. Cuando yo la conocí era una principiante. Palabra que nunca pensé que llegase a la cumbre.

—¿La representó usted?

—No, fue un fallo mío. La pude representar puesto que también lo hacía con Lambert. Pero nunca imaginé que Jane pudiese obtener el éxito. Hay centenares de mujeres como ella: hermosas, pero sin seso.

—Ha demostrado que tiene seso.

—No lo sé. Hoy día, el productor juega un papel importante en esos lanzamientos. Mark Robbins es un tipo muy listo.

Disparé la pregunta que me estaba reservando.

—¿No intentó usted apartar a Richard Lambert de la droga?

CAPÍTULO IV

WALTER ADAMS estuvo pensando mi pregunta, o quizá lo que pensó fue la respuesta.

—No sé nada de eso, Simmons.

—Le he pagado veinte dólares, Adams.

—Y yo le di información por ese valor.

—Le advertí que no esperase sacar un pavo más.

Me levanté e hice un gesto amenazador.

—No se ponga nervioso, señor Simmons —dijo.

—Eso va a depender de usted.

—De acuerdo. Lambert tomaba drogas. ¿Y qué? Casi todos los buenos artistas las toman. Estoy trabajando con ellos desde hace mucho tiempo y se asombraría si yo le dijese que los más grandes son drogadictos. ¿Quiere que le cite algunos?

—No me hace falta conocer las miserias de los triunfadores. Estábamos hablando de Lambert. Sólo de Lambert.

—Correcto. Lambert tomaba la droga.

—¿Qué clase de droga?

—Toda. Era un completo vicioso. Y eso fue lo que le llevó a la locura.

—Me he preguntado si usted intentó apartarlo.

—Claro que lo intenté docenas de veces. Pero no sirvió de nada. ¡Y yo sabía que no serviría de nada!

—¿Desde cuándo era Lambert drogadicto?

—¿Cree que puedo saber eso?

—Usted era su representante. Pudo saberlo.

—No, señor Simmons. Yo no pregunto a nadie cuando viene aquí si toma drogas. Si yo veo en él posibilidades, lo contrato. Corro riesgos de contratar a un canalla, a un asesino en potencia o a un miserable drogadicto. No, no le puedo preguntar: «¿Matará usted a alguien, señor Smith? ¿Se servirá una ración de LSD todas las noches antes de interpretar su número, señor Smith?»

—¿Qué me dice de los compañeros de Lambert?

—Norman Oliver sigue trabajando en El Navío Fantasma, aunque ahora forma parte de otro conjunto, Los Macomby's.

—¿Qué tal es Norman Oliver?

—Un gran chico.

—¿Casado?

—Todavía no ha tropezado. Aunque ha estado a punto de hacerlo un par de veces. Pero tropezará.

—¿Qué hay de los otros?

—No sé nada de Jack Morris y de Fred Homer. Me encontré hace tres días con Roy Janssen. Se ha convertido en constructor de casas. Y es muy feliz, según dijo. Hizo bien en dejar el jazz. Roy Janssen no servía. No está loco y por tanto no puede ser un genio. Trabajaba con el saxofón. Era vulgar. Como él los hay a patadas. Se casó con una chica que había terminado de graduarse en arquitectura y con un padre rico. El padre les ayudó con una buena bolsa. Y ahí los tiene construyendo chalets y bungalows en la playa. Un tipo listo Roy Janssen. Y por favor, señor Simmons, si no echa por la ranura otro billete de a cinco dólares, no podré recordar nada más.

Quería decir que lo había recordado. Me pareció que se había ganado los cinco dólares extras y le tiré el nuevo billete a la mesa.

Carraspeó fuertemente y dijo:

—Hubo una chica que se interesó por Richard Lambert, cuando ya estaba internado.

—¿Quién?

—Se llamaba Samantha Ryan. Había conocido a Richard antes de casarse con Jane Meyer. Vino aquí a preguntarme por él cuando Richard estaba en el hospital. Y llegué a la conclusión de que estaba enamorada de él.

—¿Tiene la dirección de esa chica?

—No.

—¿Sabe a qué se dedicaba?

—Era secretaria.

—¿En dónde trabajaba como secretaria?

—No me lo dijo.

—¿Para qué vino a verle?

—Quería saber el paradero de Richard y yo se lo dije. Ella se puso muy furiosa al conocer el lugar donde se encontraba Richard. Dijo que la culpa de la situación de Richard Lambert era de Jane Meyer... Es posible que Samantha Ryan sepa ahora dónde está Lambert.

—Es dudoso, y habré pagado cinco dólares gratuitamente.

Me dirigí hacia la puerta.

—Señor Simmons —dijo—. Le devolveré sus cinco dólares si me dice quién es su cliente.

—¿Por qué tiene tanto interés en saberlo, Adams?

—Es un interés relativo; digamos un interés de cinco dólares.

—Guárdese el billete —dije, y salí del despacho.

La pelirroja estaba tecleando.

Me detuve a su lado.

Saqué una de mis tarjetas comerciales y la puse al lado del papel en blanco.

—Si cambia de opinión en cuanto a la cena, ahí está mi número de teléfono.

No esperé que dijese nada, y no lo dijo.

* * *

Los Macomby's acabaron su actuación.

No se ganarían un premio en un concurso de instrumentistas de jazz, pero tampoco eran malos. Simplemente, mediocres.

Mandé un camarero a Norman Oliver, que era el tipo que tocaba la batería. Estaba por los treinta y cinco años y su cara parecía hecha con arcilla sucia.

Me estrechó la mano.

—¿Qué va a beber, Oliver?

—Ginebra en las rocas.

Yo pedí un whisky. Estábamos en la barra y a nuestro alrededor

no había casi nadie.

—Busco a Richard Lambert.

—¿También usted?

—¿Quién más le busca?

—Yo.

—¿Por qué Norman?

No me contestó hasta beber un trago de ginebra.

—Era un gran músico, señor Simmons. Yo no valgo mucho, pero Richard era de los buenos.

—Ya me han dicho que era un genio.

—¿Quién se lo dijo?

—Walter Adams.

—¿Ese cerdo? Él no sabe distinguir un buen pianista de un golpeador de teclas.

—Pues puso a Lambert por las nubes.

—Lo único que le interesa a Adams es ganar dinero. Ahí tiene a Jane Meyer. Ahora se lamenta de no haberla representado. Pero lo que no sabe Jane es que con su ayuda no habría actuado en más de tres películas y luego la hubiesen enterrado. Cada uno hemos nacido para una cosa.

—Creo que tiene razón.

—Y yo no sé para qué he nacido.

Era un poco masoquista.

—Todavía no me ha dicho por qué busca a Richard, Oliver.

—Tampoco me lo ha dicho usted.

—Una herencia.

—¿Ah, sí?

—A Richard le dejaron diez mil dólares y debo dar con él para informarle y ponerle en contacto con un abogado.

—Diez mil dólares, ¿eh? Un buen pellizco. Conque es un investigador privado...

—Sí.

—¿Quién le ha dejado a Lambert los diez mil dólares?

—No estoy autorizado para decirlo.

—Lo siento, señor Simmons, pero no puedo ayudarle.

—Adams me dijo que Richard se fugó del hospital Murray para

enfermos mentales.

—Es cierto.

—He pensado que Richard Lambert fuese en su busca, Oliver.

—¿En mi busca? ¿Por qué?

—Compartían la habitación del hotel cuando sufrió el ataque de locura.

—Quiso estrangularme. Seguro que se lo habrá dicho Adams.

—Sí.

—Pero no vino en mi busca cuando se fugó del hospital. Nadie lo vio; quiero decir las personas que yo conozco.

Ahora vi a otro conjunto de jazz, formado por gente más joven que los Macomby's. El público empezaba a entusiasmarse.

Norman dirigió una mirada a sus rivales y comentó:

—Son buenos. Llegarán lejos.

—A menos que se deshaga el grupo porque uno de ellos se drogue.

Me observó con rapidez como si le hubiese picado un escorpión.

—¿Ya le contó ese venenoso de Adams lo de Richard? Intenté curarlo, pero Lambert estaba muy preocupado.

—¿Por quién?

—Por su mujer. Ella lo había dejado.

—¿No hubo divorcio?

—Un cochino divorcio. Ese gordo que está ahora con Jane, Mark Robbins, compró a Richard Lambert. Esos gordos siempre hacen lo mismo. Todo es cuestión de dinero. ¿Qué vale usted, señor Oliver? ¿Qué vale usted, señor Simmons? Así lo arreglan. Unos son baratos y otros resultan caros. ¿A qué clase pertenece usted, señor Simmons?

—No lo sé. Todavía no me ha comprado nadie.

—Usted es de los caros. Y la verdad es que se le nota.

—Gracias. Pero adelantaríamos más si continuásemos hablando de Lambert.

Levantó las manos a la altura de su cabeza.

—No he dado con su pista. No lo he visto más, y le puedo decir en qué lugares no encontré a Lambert.

Bebí mi whisky y pagué el importe de los dos vasos. Salté del

taburete.

—¿Qué me dice de Samantha Ryan, Norman?

—No la mezcle.

—Le he dicho que estoy haciendo una investigación.

—Es una buena muchacha. Se enamoró de Lambert. Ya pagó su precio. Nunca fue correspondida por Lambert.

—Quiero hablar con Samantha Ryan.

—Ella no sabe dónde está Richard. También me buscó para preguntarme por Lambert. Pero no le pude dar información.

—¿Dónde trabaja?

—Es exigente, ¿eh, Simmons?

—Tengo que serlo en mi profesión.

Me dijo dónde trabajaba Samantha Ryan. En una oficina de exportaciones.

Le pregunté por su domicilio particular, pero no lo conocía. Tendría que dejar la visita a Samantha Ryan para el día siguiente.

—¿Por qué trató de matarle Lambert, Norman?

—Le dije que era un despojo humano, una basura. Me había prometido un millar de veces dejar la droga, pero cuando sentía deseos de ella, volvía a caer. Resistió muy poco. Le sugerí irnos juntos a Canadá. Allí no lo conocía nadie. Lo internaría en un hospital. Trabajaría para él de lo que fuese. Pero rechazó mi plan.

—¿Seguía queriendo a Jane?

—Sí, la seguía queriendo aun después del divorcio. La quiso siempre.

—¿Qué opinión tiene de Jane?

—La peor. Trató mal a Lambert. Y si quiere saberlo todo, Jane fue la causante de que Richard tomase la droga.

—¿Quiere decir que la tomaba ella?

—Desde luego. Y la debe seguir tomando. Pero Jane está en buenas manos.

—Usted sabe que un artista que toma drogas llega a aniquilarse.

—Hay quien resiste más que otros. Le puedo exponer dos casos. Marilyn Monroe pertenece al grupo de los aniquilados. Judy Garland lo soportó hasta el final. Me gustaría hablar de artistas muy grandes que están trabajando hoy día y que son drogadictos. Pero no le citaré nombres, señor Simmons. No quiero verme

envuelto en un proceso por difamación.

Le hice un saludo con la mano y me marché.

CAPÍTULO V

AL día siguiente me fui a la oficina de exportaciones donde trabajaba Samantha Ryan.

Una recepcionista con buen tipo me atendió. Fue muy amable cuando le dije que era el primo de Samantha que acababa de llegar de Arkansas. Yo quería saludar a mi primita. Iba a estar sólo un día en Los Ángeles. Me dijo dónde encontraría a Samantha.

Subí dos plantas y entré en una habitación donde trabajaban cuatro jóvenes.

—¿Samantha Ryan? —dije.

Una de ellas, que estaba de pie junto a un archivador, levantó una mano.

Tenía unos veinticinco años y era atractiva, de cabello muy rubio, ojos azules.

—¿Podemos hablar a solas, señorita Ryan?

—¿De qué?

—Richard Lambert.

Se quedó muy seria.

—¿Es de la policía?

—Me llamo Rock Simmons y sólo soy un investigador privado.

—Lárguese.

—Quiero hacerle un favor a Richard Lambert. Y creo que usted también se lo puede hacer.

Titubeó unos instantes. Miró a una de sus compañeras.

—Está bien, señor Simmons. Venga conmigo.

Fuimos a una habitación del fondo. Era pequeña. Había

estanterías con viejos archivadores.

—¿Qué clase de favor le quiere hacer a Richard Lambert, señor Simmons?

—Usted está al corriente de todo, de modo que voy a ir al grano. Richard Lambert ha estado amenazando a Jane Meyer, su ex esposa.

—¿Amenazando?

—La quiere matar.

Se echó a reír.

—¡Qué tontería!

—¿Cree incapaz a Lambert de matar?

—Naturalmente.

—¿Dónde está Lambert?

—No lo sé.

—Fue internado en un hospital de enfermos mentales y se fugó de allí.

—Eso pasó hace mucho tiempo.

—¿Dónde encontró a Lambert?

—¿Eh?

—He dicho que dónde lo encontré.

—No he dicho que lo encontrase.

—No, no lo ha dicho, pero usted sabe dónde está.

—Se equivoca, señor Simmons?

Saqué los dos sobres que había recibido Jane Meyer por correo.

—¿Quiere leer esto, señorita Ryan?

Aceptó de mala gana los papeles y leyó su contenido.

—¿Cómo sabe que los envió Richard? ¿Lo convenció esa bruja?

—También hubo una llamada telefónica y Jane reconoció su voz.

—¿Cuándo la llamó?

—Hace más o menos un año, justo cuando Richard se fugó del hospital. Lambert le dijo a Jane que la dejaría llegar todavía más alto para luego dejarla caer. Y parece que Jane ya ha llegado a lo más alto.

—Son suposiciones tuyas. O de esa mala mujer.

—Usted estaba enamorada de Lambert.

—¿Me van a detener por eso?

—No, señorita Ryan. No detienen a ninguna mujer por amar a un hombre. Le dije al principio que le quiero hacer un favor a Lambert. Usted también se lo puede hacer. Dígame dónde está Lambert. Le doy mi palabra de que no va a intervenir la policía y, por lo tanto, no habrá ninguna acusación. Al señor Robbins, el productor de Jane, no le interesa esa clase de publicidad. Sólo trato de hablar con Lambert para convencerlo de que renuncie a seguir con sus amenazas.

Transcurrieron diez segundos. Ella me estaba observando.

—Lo siento, señor Simmons, no puedo ayudarle.

—¿No quiere o no puede?

—No puedo.

—Creo que me engaña, señorita Ryan.

—Será mejor que se marche.

—Usted sabe dónde está Richard.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Usted preparó la fuga de Richard del hospital Murray.

—Se equivoca, señor Simmons.

—Usted debió prepararle un escondite. Confiéselo.

—No le voy a contestar más.

—Usted quería a Richard y pensó que él no era un enfermo mental, sino un drogadicto que sufrió un ataque. ¿No es eso, señorita Ryan?

—Déjeme en paz.

—La dejaré en paz, señorita. Ryan. Pero si Richard Lambert mata a Jane Meyer, recuerde que usted va a tener un tanto por ciento de culpa. ¿O está conforme con que Lambert se vengue de Jane?

—¡Basta!

Salió del cuarto y no tuve más remedio que salir también.

—Adiós, señor Simmons —dijo, con sequedad.

—Una advertencia. Dígale a Richard que se esté quieto. Que olvide a Jane. Si él la ama a usted, debe iniciar una nueva vida y olvidarse del pasado. Será mejor para todos. Para Jane, para Richard y para usted.

—Pierde el tiempo, señor Simmons. No puedo decirle nada a

Richard porque no sé dónde está.

Salí de allí y me detuve cerca del edificio. Tenía que seguir a Samantha Ryan, aunque pensé que ella estaría en sobre aviso, después de mi visita. Quizá había hecho las cosas mal. Pero necesitaba hablar con Samantha. Tras la conversación, estaba dispuesto a jurar que ella sabía dónde encontrar a Richard.

Me aburrí esperando la hora de la salida, pero al fin llegó el momento.

Primero vi a la recepcionista y luego a una de las chicas que trabajaban con Samantha. Por fin salió ella.

Se detuvo en la acera y miró a un lado y a otro.

Yo había elegido como escondite una librería de la parte de enfrente, junto al escaparate.

Miré de reojo y vi que ella se había puesto a caminar hacia el aparcamiento y le di un poco de ventaja.

Fui a la parte opuesta, donde estaba mi coche.

El auto de Samantha ya estaba saliendo del aparcamiento cuando yo puse en marcha el motor.

No la perdí de vista.

Nos sumergimos en el tráfico. Había cuatro coches entre el de ella y el mío.

La marcha era lenta, como siempre a aquella hora, en que salían los empleados de las oficinas.

Samantha Ryan se dirigía hacia el sur de la ciudad.

Todo fue bien durante los primeros quince minutos.

Samantha se encontró ante una avenida despejada y apretó el acelerador.

La dejé cobrar cierta ventaja y luego también aumenté mi velocidad.

Samantha dobló hacia la derecha, y cuando yo doblé, la vi al fondo. Estaba corriendo mucho, por encima de la velocidad permitida. Y eso quería decir una cosa: que me había descubierto.

La vi desaparecer, y cuando llegué al otro lado no vi ni rastro de ella.

Solté unas cuantas maldiciones mientras corría por aquella calle mirando las entradas y salidas, a un lado y a otro.

Cinco minutos después me convencí de que Samantha había

conseguido librarse de mí. Muchacha lista, me dije.

* * *

Oí que se abría la puerta de la oficina,

Y luego alguien entró en la sala de espera y siguió andando hacia mi despacho.

No había citado a nadie.

Abrieron desde fuera.

Era ella. La hermosa Jane Meyer. Llevaba gafas oscuras.

—Buenas tardes, señor Simmons.

—Hola, Jane.

—He recibido una nueva amenaza.

—¿Por correo?

—No, por teléfono.

—Pase.

Miró a su alrededor y ocupó un sillón de cuero.

—Deme todos los detalles —le dije.

—Fue a las cuatro. Estaba en mi casa, en Beverly Hills, cuando sonó el teléfono. Descolgué y no me contestaron al principio. Sólo oí una respiración ronca. Me puse muy nerviosa. Grité una y otra vez quién era y al fin me contestó.

—Procure repetir exactamente las palabras.

—Él dijo: «Soy yo, Jane, tu marido».

—¿Eso fue lo que dijo su marido?

—Sí.

—¿Le pareció la voz de él?

—Desde luego.

—Hace mucho tiempo que no oye la voz de Richard Lambert.

—Es cierto, pero me pareció la de él.

—¿Ahora dice que le pareció?

—Señor Simmons, estoy muy nerviosa. Por favor, no aumente más mi nerviosismo.

—De acuerdo, siga.

La bella actriz encendió un cigarrillo con un mechero de gas. Después de soltar un chorrito de humo por los rojos labios, prosiguió:

—Yo le dije: «Richard, ¿dónde estás?» Y él me contestó: «No te

he llamado para decirte dónde estoy, sino para comunicarte que ha llegado tu hora. Me las vas a pagar, Jane. Ahora vamos a quedar en paz». Inmediatamente colgó.

—¿Lo sabe Mark Robbins?

—Llamé a su casa, pero no estaba. Me dijeron que había ido a los estudios. Llamé a los estudios, pero ya había salido. Luego marqué el número de usted y tampoco me contestaron. No podía quedarme en casa.

—Era donde mejor estaba. Richard podría haber estado vigilándola, a la espera de que saliese.

—Mark Robbins me puso dos guardaespaldas para cuidarme. Son dos profesionales; quiero decir que trabajan como especialistas. Antes fueron luchadores. Estaban en la puerta de la casa y me siguieron en su coche. Ahora están abajo.

El gordo había tomado medidas. Para él, Jane Meyer era una inversión a la que tenía que sacar producto. Había empezado a cobrar buenos dividendos y los seguiría cobrando, a condición de que Jane Meyer viviese unos cuantos años e hiciese más filmes.

Jane interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué ha conseguido saber, Simmons?

—Muchas cosas. Pero no conozco el paradero de Richard Lambert.

—Tiene que darse mucha prisa, señor Simmons.

—Me la estoy dando.

—Richard ha llegado a la crisis. Es lo que me imaginaba desde que empezaron sus amenazas. Que cuando se produjese la crisis se decidiría a atacarme.

Se levantó.

—No le soy simpática, ¿verdad, señor Simmons?

—Eso no importa.

—¿Por qué no me lo dice de una vez?

—¿Qué cosa?

—Que soy una egoísta, una ambiciosa... Richard Lambert se casó conmigo porque me quería. Y yo le metí en el infierno de las drogas. Y cuando pude librarme de ese infierno, lo hice a solas, sin echarle a él una mano.

—Eso no fue lo que me contó, Jane. Dijo que usted trató de

ayudar a Richard, pero él no quiso.

Se mordió el labio inferior.

Me puse en pie.

—Me mintió, ¿verdad, Jane? Usted no hizo nada por Richard. Sólo se preocupó de usted misma. Su cura en la clínica había tenido éxito y ante sí tenía una gran carrera, con la ayuda de Mark Robbins. Usted sólo pensó en el divorcio. Ya no quería para nada a Richard. Era una carga para usted y se lo quitó de encima.

—Fue cosa de Robbins.

—Y de usted porque lo aprobó. Le ofrecieron a Lambert unos miles de dólares. Usted sabía lo que Richard iba a hacer con ese dinero. Invertirlo en droga.

—No me gusta como fiscal.

—A usted no le gusta nadie como fiscal.

—¿Va a abandonar el caso, señor Simmons?

—Debería hacerlo.

—Pero no lo hará.

—Seguiré en él.

—¿Por qué?

—No quiero que Richard Lambert se convierta en un asesino.

—Me basta con su respuesta.

Eché a andar y salió de mi oficina.

Atrapé la botella de whisky y la hice disminuir tres dedos.

Poco después salí a la calle y me metí en un cine, donde pasaban un western. Quería entretenerme, pero me entretuve muy poco. No supe por qué John Wayne mataba a seis de una sola sentada. Tampoco supe por qué besaba a una morena.

Salí del cine, fui a cenar y luego me marché a casa.

Tomé una ducha y me metí en la cama.

Al día siguiente atraparía a Samantha. La felicitaría por haberse librado de mí, pero le haría cantar el lugar donde se escondía Lambert. Esperaba que la muchacha tuviese sensatez.

Me quedé dormido.

De pronto sonó el teléfono. Creí que formaba parte de un sueño, pero el timbre seguía en mi cerebro.

Desperté al fin. El timbre era real. Descolgué y ladré:

—Aquí Rock Simmons.

—Señor Simmons, soy Mark Robbins. Han asesinado a Jane Meyer.

CAPÍTULO VI

CUANDO llegué a la casa de Jane Meyer, ya había allí una nube de policías.

No me querían dejar pasar. Enseñé, mi licencia a un agente novato y él llamó a un compañero que me conocía de vista y me llevó a presencia del sargento Spencer Wilmar, que estaba en el vestíbulo.

—¿Qué pinta aquí, Simmons?

El sargento Wilmar no contaba con mis simpatías, pero yo tampoco contaba con las suyas.

—Hable con el señor Robbins, sargento.

—Le estoy preguntando a usted.

—Cualquier respuesta podría incriminarme.

Hizo una mueca.

—Apesta, Simmons.

—Tomé una ducha y me puse desodorante. Y eso no lo puede decir usted, sargento.

Wilmar tenía grandes manchas de sudor en las axilas y me puse dos dedos en la nariz como pinzas.

—Simmons, un día de estos va a perder...

—¿La licencia?

—Los dientes.

Le enseñé mi dentadura, que era sana y bonita.

—No, sargento, no conseguirá que me haga cliente de su dentista.

El teniente John Carroll apareció hablando con Mark Robbins.

—Hola, Simmons —me dijo Robbins.

El teniente Carroll era alto. Había estudiado leyes y le gustaba su profesión. Estaba al corriente de los últimos adelantos en Criminología.

Robbins intentó presentarnos, pero el teniente dijo:

—Conozco bien al señor Simmons.

—¿Qué tal, teniente?

—No me gustan las estrangulaciones.

—A mí tampoco.

Mark Robbins sólo me había dicho por teléfono que habían matado a Jane Meyer. Y luego colgó. Era la primera noticia que tenía de la forma en que habían matado a Jane.

El teniente me hizo una señal para que fuese con él.

Miré a Robbins y éste se encogió de hombros.

Entré con John Carroll en una biblioteca.

Allí estaba el cadáver, con cinco policías. Estaban buscando huellas o realizaban mediciones.

Jane Meyer estaba boca arriba. La habían estrangulado con una bufanda.

No era agradable ver aquel bello rostro que empezaba a ser conocido en el mundo entero. Pero ya se habían acabado los filmes de Jane Meyer.

Recordé la tarde anterior, cuando vino a mi oficina para informarme de que habían vuelto a repetir su amenaza por teléfono. Y según ella, había sido Richard Lambert.

—El señor Robbins me lo ha contado todo, señor Simmons —habló el teniente—. Cómo fue usted contratado para atrapar a Richard Lambert, primer marido de la señorita Meyer.

—¿Hay quizá un segundo?

—No, que yo sepa.

—¿Quién encontró el cadáver, teniente Carroll?

—Una criada. Se llama Anne. La señorita Meyer, al parecer, no podía dormir. Telefoneó a Robbins a su casa. Sostuvieron una conversación. Ella le dijo que lo había visitado a usted y que no le gustaba la forma en que llevaba el asunto. Robbins le prometió que mañana lo sustituiría a usted por otro investigador. Colgaron y entonces Jane bajó a la biblioteca a por un libro.

—El señor Robbins puso dos guardaespaldas para vigilar a Jane, ¿dónde están?

—En el jardín.

—¿No vieron a nadie?

—Estaban alejados de esa ventana, en la otra parte. Hablaban de carreras de caballos. El asesino pudo entrar por la ventana, cometer el crimen y largarse sin ser visto.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí la señorita Meyer?

—Entre la llamada telefónica a Robbins y el descubrimiento de Anne del cadáver pasó como una hora.

—¿Por qué Anne vino aquí?

—Le dolía el estómago. Tiene su cuarto en el pasillo. Se dirigió a la cocina para tomar bicarbonato. Al regreso vio luz encendida en la biblioteca por debajo de la puerta. Pensó que se la había dejado encendida y se acercó para apagarla. Pero antes abrió la puerta por si había alguien. Y vio el cadáver de Jane Meyer.

—¿Cuántos criados más hay en la casa?

—Un mayordomo, Lloyd Wallace, y una cocinera, Rose Barnes. Los dos dormían y Anne los despertó. El mayordomo llamó a Robbins anunciándole lo que había pasado. Robbins nos llamó a nosotros antes de venir aquí. Y también lo llamó a usted —hizo una pausa—. Ya lo sabe todo.

—Gracias, teniente.

—Usted ha investigado durante dos días el caso, Simmons.

—Así es.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Hablé con ciertas personas conocidas del ex matrimonio Lambert.

—¿Vio a Lambert?

—No.

—¿Está seguro?

—No, no lo vi.

Me miró fijamente a los ojos.

—Simmons, si vio o habló con Lambert y lo niega, lo detendré por ayudar a un sospechoso.

—No me podrá detener porque no he visto a Lambert.

—Cuénteme sus andanzas.

—No hay inconveniente.

Le hice un resumen de mis entrevistas con Walter Adams, el agente artístico, con Norman Oliver, el antiguo compañero de Lambert y, finalmente, con la rubia Samantha Ryan.

Cuando acabé, el teniente Carroll se tironeó de una oreja.

—Según están las cosas, nuestro hombre es Richard Lambert.

—No lo sé.

—¿En quién piensa, Simmons?

—En nadie.

—Pues ella no se suicidó.

—No, teniente —le sonreí—. De eso también estoy yo seguro. No se suicidó.

—Vaya, estamos de acuerdo en algo.

—¿Qué me dice de la bufanda?

—La trajo el asesino.

—¿Seguro?

—No ha sido identificada por los criados ni por el señor Robbins.

Los policías seguían buscando huellas, y aposté a que no encontrarían ninguna.

Salimos de la habitación.

Robbins se dirigió hacia nosotros. Me habló con voz enérgica.

—Usted es el culpable, Simmons. Ha demostrado ser un hombre inepto. Pudo impedir esto. Fue contratado para salvar a Jane Meyer. Era lo único que tenía que hacer. Y para ello le bastaba encontrar a Richard Lambert y entregarlo a la policía... Queda relevado del caso.

—Le presentaré mi factura.

—No hace falta. No quiero volver a verlo, Simmons. Quédese con los tres mil dólares y que le sirvan de veneno. Ya puede salir de esta casa.

Miré al teniente Carroll. Se estaba observando la punta de los zapatos. No, no era agradable oír lo que había dicho Robbins de mí, ni siquiera para él.

—¿Me necesita, teniente?

—No, Simmons.

—Hasta la vista.

El sargento había escuchado las palabras de Robbins y me obsequió con una sonrisa cuando llegué al vestíbulo.

—¿Ya le pegaron la patada en el trasero, Simmons?

Con eso se había ganado un puñetazo en la mandíbula. Y tendría que ponerse otra dentadura postiza. Pero yo también me ganaría unos días de cárcel. Necesitaba estar libre. No le contesté. Pasé por su lado sin dirigirle una sola palabra.

* * *

Llevaba esperando un buen rato cuando Samantha Ryan llegó al aparcamiento.

Salté de mi coche y me dirigí hacia el lugar donde ella había estacionado.

Me vio y se puso pálida.

—Buenos días, señorita Ryan.

—Le dije ayer que me dejase en paz.

Quiso pasar por delante de mí, pero la atrapé por el brazo.

—¿Quiere soltarme, señor Simmons?

—No.

—Gritaré.

—Ande, grite.

—¿Cree que no me voy a atrever? Le advierto que no me contentaré con gritar. Diré que usted me ha atacado.

—Agregue que he intentado estrangularla.

—No hará falta tanto.

—A ella la estrangularon.

—¿A quién se refiere?

—Usted lo sabe.

Se quedó sin habla, mirándome fijamente.

—Me está gastando una broma, señor Simmons.

—Sería una broma muy pesada, Samantha. Yo no hago eso. Soy un buen profesional. Estrangularon a Jane Meyer la noche pasada.

—¡Dios mío!

—En su propia casa.

Su voz perdió belicosidad.

—¿Ya cogieron al culpable?

—¿Qué cree usted?

—¿Piensa que ha sido Richard?

—Lo malo es que lo piense la policía.

—No, Richard no lo ha hecho.

—Quiero hablar con él.

—No hablará.

—Tengo que llegar hasta Richard antes que los policías. Si los de Homicidios lo cazan, no va a tener las oportunidades que yo le daré.

—Me está engañando. A Jane no la pudieron matar. Lo ha inventado todo para que lo lleve donde está Richard.

Saqué un periódico del bolsillo y se lo mostré por la primera página. En negros titulares se leía: «La actriz Jane Meyer fue estrangulada anoche».

—¿Quiere leer los detalles, Samantha? —rezongué.

Tragó saliva.

—No. No quiero saber nada de este sucio asunto —apartó la mirada del periódico y se apretó las sienes con la mano—. Pero él no fue, señor Simmons. Richard no la mató.

—Richard va a necesitar ayuda, Samantha.

—Me tiene a mí.

—Usted le ayudó a escapar del hospital Murray. Pero no podrá librarle de la Brigada de Homicidios.

Miró al edificio donde estaban las oficinas en que trabajaba. Algunas de sus compañeras estaban entrando.

—Señor Simmons, hágame una promesa.

—No puedo hacer promesas.

—Lo llevaré si me promete que no entregará a Richard a la policía.

—Suponga que Richard es el asesino.

—No lo es.

—He dicho que lo suponga. Yo tendría que entregarlo. Le haré una propuesta. Hablaré con Richard. Y si tengo una duda razonable de su culpabilidad, no lo entregaré.

—¿Una duda razonable? ¿Cómo voy a saber que usted va a razonar en el caso de Richard?

—No me dejes llevar por mis impulsos, señorita Ryan. Yo veo el pro y el contra de las cosas. Seré imparcial con Richard Lambert.

—Está bien.

—¿Tiene que ir a la oficina?

—Llamaré para decir que no me encuentro bien.

—¿Qué coche usamos?

—El mío —dijo Samantha.

Poco después nos pusimos en camino para ir en busca de Richard Lambert, el ex marido de la actriz estrangulada, el hombre que la había amenazado con matarla.

CAPÍTULO VII

EL auto corrió por una calle en la que a un lado y a otro se alzaban casas con jardín.

Samantha se detuvo ante una de ellas.

—Es aquí, señor Simmons.

Los dos saltamos del auto.

Cruzamos el jardín y subimos al porche.

Samantha sacó una llave del bolso y abrió. Pasamos al living.

Un hombre estaba con un albornoz, desayunando. Dio un salto y miró a la joven.

—¿Quién es, Samantha?

—Rock Simmons, el investigador privado.

—¿Por qué lo trajiste?

—Han matado a Jane.

—¿Qué?

—La estrangularon.

Richard Lambert tendría unos treinta y cinco años y era alto, de rostro bien parecido, aunque tenía bolsas bajo los ojos.

Se había quedado de muestra tras escuchar las últimas palabras de Samantha.

Ella fue a su lado y le puso una mano en el brazo.

—Richard, creen que fuiste tú.

Me dirigió una sonrisa de sarcasmo.

—¿Cómo la convenció para que le trajese aquí, sabueso? ¿Le prometió una recompensa?

Samantha se apartó de él.

—¿Cómo puedes pensar de mí tal monstruosidad, Richard? Yo no te vendería por dinero ni por nada.

—Oh, sí, tú eres Caperucita, la nena perdida en el bosque, inocente como una paloma.

Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas. Echó a correr y salió del living.

—Le felicito, Richard —dije.

—Será mejor que salga antes de que le rompa la cara, Simmons.

—Será mejor que no lo intente.

—¿Quién se cree que es?

—Un tipo que está empeñado en saber la verdad sobre la muerte de Jane.

—No lo necesita.

—Deje que sea yo quien juzgue eso.

—No tengo nada que ver con la muerte de Jane.

—Convénzame.

—No tengo que convencerle de nada. ¡Maldita sea, salga de aquí o...!

—¿Me estrangula?

Sus ojos brillaron de cólera.

—¡Váyase, Simmons! ¡Váyase!

—Por lo visto tiene unas manos muy ágiles. Sus dedos deben ser como garfios.

—¡No diga eso!

—Trató de estrangular a Norman Oliver.

—No sabía lo que hacía.

—¿Sabía lo que hacía cuando la noche pasada estranguló a Jane Meyer?

—¡Yo no la maté!

—Quería vengarse de ella. La llamó por teléfono hace un año. Niéguelo.

—No, no puedo negarlo.

—¿Acepta eso?

—Sí, maldita sea.

—¿Qué le dijo usted, Richard?

—No lo recuerdo.

—Yo se lo recordaré. Usted le dijo que la iba a dejar llegar más alto para luego acabar con ella.

Cerró los ojos con fuerza y se pasó la mano por la cara.

—¿Le dijo eso o no se lo dijo, Lambert?

Se apartó la mano de la cara.

—La amenacé. Pero yo entonces estaba resentido contra ella.

—Y ahora, hace unos días, empezó a mandarle anónimos.

—No.

—Recortaba letras de un periódico y las pegaba sobre un papel blanco. Y esas letras formaban frases amenazadoras.

—¡No he hecho tal cosa!

—La primera frase que la mandó fue: «Vas a morir, Jane Meyer».

—¡No!

—Siete días más tarde, mandó la segunda amenaza: «Se acerca la hora de tu muerte, Jane Meyer».

—¡Yo no le mandé ninguna carta! ¡Ninguna!

—La llamó ayer por la tarde.

—¿Llamarla? Oh, no.

—Marcó el número de Jane.

—No pude marcarlo.

—Habló con ella y le dijo que ya había llegado su hora.

—No conozco el número telefónico de Jane. No pude llamarla. Le juro que no.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Aquí.

—Debió estar aquí hasta una hora determinada. Y luego se fue.

—De acuerdo. Salí.

—¿Adónde?

—A dar una vuelta.

—Pero terminó por ir a Beverly Hills, a la casa de Jane.

Se dejó caer en el sofá y se cogió la cabeza con las manos. Yo golpeé en caliente.

—Entró por una ventana en la biblioteca de la casa. Allí estaba Jane. O quizá usted entró antes de que ella llegase. Tuvo suerte. La propia víctima fue a su encuentro. No tuvo necesidad de subir a su

dormitorio. Y la estranguló con una bufanda. Dígame, Richard, ¿habló con Jane antes de estrangularla?

—¡Yo no maté a esa odiosa mujer!

—¿Admite que la odiaba?

Se apartó las manos de la cara. Estaba lleno de ira.

—¡La odiaba, sí! ¡Esa mujer me hundió! ¡Me convirtió en un drogadicto!

—No le eche la culpa a nadie. Fue usted mismo quien eligió el camino.

—Lo hice para probarle a Jane que uno se podía apartar del vicio. Pero mi intento fue un fracaso. Quedé prendido en las mismas redes que Jane, en las redes malditas de la droga.

—Jane trató de salvarse por sí misma.

—Mentira. La salvó Mark Robbins.

—De acuerdo, fue Mark Robbins, los enfermeros y los médicos.

—¿No sabe cómo tratan a los drogadictos en esas clínicas? ¡Usan la violencia!... Uno pasa un tormento sin fin...

—Jane fue sometida a ese tratamiento. Pero no me negará que tiene que ser brutal, ya que ustedes son incapaces de apartarse de la droga voluntariamente. El mérito sigue siendo del enfermo. Jane tuvo voluntad para no volver a tomar la droga.

—¿Cómo lo sabe? Ande, dígame, ¿cómo sabe que Jane no seguía tomando la droga?

—Tengo la impresión de que usted ha dejado de ser un drogadicto.

—No lo soy.

—¿Quién lo apartó?

—Samantha me envió a San Francisco. Tenía allí a un amigo, un doctor que trabajaba en un hospital para enfermos de nuestra clase. No quise ir en un principio, pero Samantha me convenció.

—¿Lo convenció cuando estaba usted en el hospital de enfermos mentales?

—Sí.

—¿Por eso se fugó?

—Yo no era un enfermo mental, señor Simmons. No lo era. Me metieron allí porque sufrí un ataque.

—No pudo estrangular a Norman Oliver durante ese ataque,

gracias a Walter Adams, su agente artístico.

—¡No me recuerde eso!

—¿En qué trabaja, Richard?

—En nada.

—¿Vive a costa de Samantha Ryan?

—Estoy convaleciente.

—¿Desde cuándo?

—Vine de San Francisco hace dos meses. Samantha había alquilado esta casa para mí. Estoy en un período de prueba.

—¿Y cuánto durará?

—Un par de semanas más y podré empezar a trabajar.

—Tal como están las cosas, va a empezar a trabajar en la cárcel. Samantha apareció en el umbral.

—Me prometió que no le entregaría a la policía, señor Simmons.

—Mi promesa se refería a que yo debería tener una duda razonable de que Richard no mató a Jane Meyer. Y por ahora no tengo esa duda razonable. Richard ha admitido que salió anoche. Pudo llegarse a la casa de Jane y matarla.

—Espere un momento, Simmons —exclamó Richard—. Regresé muy pronto.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—¿Puede probarlo?

—¿Se refiere a si me vio alguien?

—Sí.

—No, no me vio nadie.

—Entonces, no sirve.

Se dirigió hacia mí con los puños cerrados. Me tiró el izquierdo. No me habría alcanzado ni en un millón de años. Lo burlé con facilidad y le repliqué con un derechazo al hígado.

Se dobló en dos y su cara se puso verde.

—¡Bruto! —gritó Samantha.

—¿Qué quería? ¿Qué me dejase romper la cara por él? La necesito. No tengo otra de repuesto.

Richard Lambert cayó de rodillas en la alfombra. Sintió náuseas y empezó a dar arcadas.

Samantha acudió a su lado.

—¡Richard!

Eché a andar. Necesitaba pensar o marcharme a las Islas Bermudas, o a Alaska, o a cualquier sitio.

Pero cuando abrí la puerta comprendí que no iba a ir a ninguna parte.

Allí estaba el simpático sargento Spencer Wilmar, sonriéndome, y detrás de él había otros dos «polis».

El sargento dijo hacia un lado.

—Teniente, aquí están todos los pájaros.

CAPÍTULO VIII

EL sargento pasó por mi lado pegándose un empujón y luego entraron los dos policías.

El teniente Carroll subió al porche.

—Nos volvemos a ver, Simmons.

—No es por mi gusto.

—Ya lo supongo.

Richard Lambert continuaba de rodillas en la alfombra soltando arcadas. Samantha lo sujetaba mientras observaba a los policías. Su bello rostro estaba blanco como el yeso. Me dirigió una mirada y me dijo:

—Bastardo, me engañó. Los trajo a sus talones.

—No, Samantha.

—¿Qué va a decir usted?

El sargento Wilmar intervino:

—Gracias por su trabajo, sabueso.

No pude evitarlo. Se me fue la mano. Le solté un castañazo con la zurda, que era en aquel momento mi mano buena, la que estaba más cerca del sargento.

Wilmar voló hasta un sillón y de allí salió rebotado hasta el suelo.

Uno de los policías sacó su pistola de reglamento.

El teniente gritó:

—¡Cuidado con disparar, Slin!

—Me gustaría que se me fuese el dedo —dijo el llamado Slin mientras me apuntaba con su arma.

El sargento Wilmar no perdió el conocimiento. Se levantó y, después de pasarse el dorso de la mano por la boca y ver que tenía sangre, gritó:

—¡Teniente, detenga a ese hombre!

—No puedo.

—¡Me ha pegado! ¡Lo ha visto con sus propios ojos!

—No debió decir eso, sargento.

—¿Qué es lo que dije?

—Que él nos había traído aquí. Y no es verdad. Seguimos el mismo camino que usted, Simmons. Preguntamos a Norman Oliver y nos dio la pista de Samantha Ryan. Fuimos a la oficina de ella y los vimos salir juntos del aparcamiento. Samantha Ryan nos habría traído aquí ahora o más tarde.

—Gracias por la explicación, teniente.

Wilmar dio unos pasos hacia mí.

—Esto lo va a pagar, Simmons.

El teniente Carroll exclamó:

—¡No me gustan las amenazas, sargento!... ¡Vinimos a detener a un sospechoso de homicidio! ¡Aténgase a su misión!

El sargento rezongó algo por lo bajo. Probablemente una maldición.

Richard Lambert había dejado ya de soltar arcadas y se levantó ayudado por Samantha.

—¿Richard Lambert? —preguntó el teniente Carroll.

—Sí.

—Imagino que el señor Simmons le habrá dicho lo que pasa. Jane Meyer fue muerta anoche. Aproximadamente a las doce.

—No tengo nada que ver con eso.

—¿Dónde estaba usted a esa hora?

—Salí.

—¿Adónde salió?

—A dar un paseo

—¿Con quién?

—Solo.

—¿Adónde fue?

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir?

—No me fijé. Estaba desvelado y me fui a dar una vuelta.

—¿Usó su auto?

—Sí.

—En un momento determinado de su paseo, ¿no fue a Beverly Hills?

—No, claro que no.

—Está mintiendo, señor Lambert. Y yo le diré por qué está mintiendo. El mayordomo de Jane Meyer, Lloyd Wallace, tuvo que ir ayer por la tarde a San Bernardino a visitar a su madre enferma. Regresó alrededor de las once de la noche a la casa de Jane Meyer. Le llamó la atención ver un coche aparcado en la avenida de Los Sauces. Wallace estaba al corriente de las amenazas de la señorita Meyer, de modo que se grabó el número de la matrícula... El mayordomo me informó y pedí una comprobación en el Registro de Motores. El coche correspondiente a esa matrícula está a su nombre, señor Lambert.

—Está bien. Fui allí.

—El mayordomo no lo vio en el auto. ¿Dónde estaba usted?

—Salté del coche y caminé.

—Hacia la casa de la señorita Meyer.

—No, hacia la casa no. Sólo di un paseo por los alrededores. Y luego regresé a mi auto y me marché.

—Señor Lambert, ¿me va a decir que fue usted a casa de su ex esposa y a ocho millas de aquí sólo para aparcar su auto y dar un paseo por aquellos alrededores?

—Fui a hablar con Jane Meyer.

—Esto está mucho mejor.

—Pero no hablé con Jane. Quiero decir que me arrepentí de haber ido. Cuando salí del auto empecé a vacilar y fui de un lado a otro, hasta que me di cuenta de que mi posición ante Jane sería ridícula.

—¿Qué quería hablar con ella?

—Samantha me informó ayer de que Jane pensaba que yo la estaba amenazando de muerte.

—¿Y no lo hizo?

—No.

—¿No es más cierto que usted la llamó hace aproximadamente un año para amenazarla?

—Sí, teniente. Ese fui yo. Pero no volví a hacerlo.

—¿No volvió a llamar por teléfono a Jane?

—No, señor.

—¿No le mandó dos cartas? A propósito, Simmons, tendrá que entregarme esas cartas. ¿Las tiene ahí?

Saqué los dos sobres y los alargué a Carroll. Este sacó los papeles y los mostró a Lambert, uno en cada mano.

—¿Escribió usted esto?

—Le juro que no. No, teniente. No los escribí. Por eso quería ver a Jane. Para convencerla de que yo no era la persona que le amenazaba.

—¿Por qué no habló con Jane sobre ese particular?

—Ya se lo he dicho. Ya la amenacé hace un año. ¿Cómo iba a creerme ella? Y probablemente no me recibiría cuando supiese que yo estaba allí, que quería hablar con ella. Para Jane yo tenía que ser un asesino en potencia. Esa fue la razón que me decidió a volverme atrás.

—Usted entró en la casa por la ventana.

—No.

—Encontró a Jane en la biblioteca.

—No.

—O quizá ella llegó después.

—No pasaron así las cosas, teniente. Yo nunca entré en la casa. No vi anoche a Jane. ¡No la vi!

El teniente Carroll guardó los papeles en el sobre.

—Sargento, empiece a trabajar.

El sargento sacó una orden de registro y la exhibió a Richard Lambert, y éste hizo un gesto afirmativo.

—Pueden registrar lo que quieran.

Se dejó caer en un sofá y Samantha fue a su lado.

El teniente Carroll encendió un cigarrillo y yo encendí uno de los míos.

—¿Va a detener a Lambert, teniente? —pregunté.

—Sí.

—No tiene pruebas.

—Pero él tuvo la oportunidad y el motivo. Estuvo cerca de la casa de la víctima a una hora inadecuada. Y su explicación no resulta muy convincente.

Lambert gritó:

—¡Yo no tenía ya ninguna razón para matar a Jane!

—Usted la tuvo hace un año, puesto que la amenazó.

—Pero ya no pienso lo mismo.

—¿Qué le hizo cambiar?

—Muchas cosas. Entre ellas Samantha Ryan. Logró convencerme de que no valía la pena que matase a Jane. Yo ya estaba curado. Y eso lo conseguí gracias a Samantha. Había dejado de ser un drogadicto. Jane había preferido su carrera. Era una ambiciosa. Eso fue lo que casi me volvió loco. Pero ahora estaba completamente cuerdo... Había logrado olvidar a Jane. Le iba a pedir a Samantha que fuese mi esposa.

Samantha le acarició la mano.

—Y mi respuesta es sí.

Él la miró a los ojos.

—Eso se acabó, Samantha.

—Todo saldrá bien, Richard. Se convencerán de que tú no la mataste.

El sargento Wilmar apareció diciendo:

—Va a ser un poco difícil.

Traía en la mano un periódico que desenrolló cogiéndolo por las dos esquinas. En la primera página faltaban letras, y las que quedaban eran similares a las usadas en los anónimos que le llegaron a Jane Meyer por correo.

El teniente Carroll me dirigió una sonrisa.

—¿Necesitaba otra prueba? Ahí la tiene, Simmons.

Se volvió hacia Richard que estaba con la boca abierta, observando aquel diario.

—Richard Lambert, lo detengo como sospechoso de haber cometido el homicidio de Jane Meyer. Todo lo que pueda decir ahora podrá ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un ahogado.

Richard se levantó gritando:

—¡Ese periódico no es mío! ¡No recorté esas letras! ¡Juro que no las recorté!

El sargento Wilmar rezongó:

—Es usted como todos, Lambert. Ningún culpable está dispuesto a aceptar nada en contra de él.

El teniente dio un paso hacia mí.

—¿Quiere dejarnos, señor Simmons? Tenemos trabajo.

—Como usted quiera, teniente.

Eché a andar y el sargento me acompañó hasta la puerta.

—Simmons.

Me volví hacia él.

Tenía el labio hinchado, pero sonreía.

—¿Qué quiere, sargento?

—Nos volveremos a ver.

—No voy a huir a Laponia, sargento. Voy a seguir en Los Ángeles. Y ya conoce mi dirección.

Luego me dirigí hacia el lugar donde había estacionado el coche.

Me fui a un barucho y allí estuve bebiendo whisky y fumando cigarrillos.

Aquél era un condenado caso para Richard Lambert. Estaba metido en él hasta el cuello. Había admitido que hizo la llamada un año antes. Había admitido que fue a la casa de Jane Meyer. Y no tuvo más remedio que hacerlo porque el mayordomo Lloyd Wallace había visto su coche cerca de la casa de su patrona, y la policía había comprobado la matrícula. Y ahora, para acabarlo de arreglar, en su domicilio habían encontrado el periódico de donde habían salido las letras para formar los anónimos. Con todo eso, el fiscal del distrito tendría bastante para convencer a un jurado de que Richard Lambert y sólo Richard Lambert, había sido el autor de la muerte de Jane Meyer por estrangulación.

«Bien, Rock. El caso terminó para ti y no te puedes quejar. Cobraste tres mil dólares y no llegaste a gastar ni cien. Si hicieses todos los días un negocio como éste, ganarías tanto como un cotizado actor de cine.»

Entonces me fui a la oficina a esperar al próximo cliente.

CAPÍTULO IX

NO me llegó ningún cliente durante todo el día.

Por la tarde comprobé los diarios. En todos ellos se anunciaba con grandes titulares la captura del estrangulador de la actriz Jane Meyer, su ex marido Richard Lambert.

Las más famosas plumas de California en casos criminales no dudaban acerca de la culpabilidad de Richard Lambert. Hacían una enumeración de los hechos y de las circunstancias. Y todo apuntaba al hombre que en otro tiempo fue una promesa como genial concertista de jazz. Y hablaban de que él había sido un drogadicto. Pero en ningún periódico se mencionaba el hecho de que Jane Meyer lo hubiese sido también.

Eran las cinco de la tarde. Decidí cerrar la oficina e irme a un bar donde acudían chicas muy monas y entre las que yo tenía media docena de amigas.

Elegiría una rubia o una pelirroja y pasaría el resto de la tarde con ella.

Se abrió la puerta de entrada y mi visitante entró en la sala de espera.

Luego se abrió la puerta, la de mi despacho. Todo igual que cuando llegó Jane Meyer.

Pero naturalmente mi visitante no podía ser Jane porque estaba en la Morgue.

Era Samantha Ryan.

—Hola, señor Simmons.

—¿Cómo está, Samantha?

—Nunca me he encontrado tan mal.

—La comprendo. ¿Quiere un trago? Pero sólo le puedo ofrecer whisky.

—No, gracias.

—¿Un cigarrillo?

—Sí.

Le di un cigarrillo de los míos y los dos encendimos con la misma llama de mi mechero de gas.

—Siéntese.

—Prefiero estar de pie. Estoy muy nerviosa.

Me miró a los ojos y preguntó:

—¿Continúa en el caso?

—No.

—Entonces está libre.

—Sí.

—Quiero ser su cliente.

—¿Para qué?

—Para que demuestre la inocencia de Richard.

Sonreí.

—¿Es inocente?

—Claro.

—En tal caso, usted podría ser la culpable.

—¿Qué?

—Usted tenía motivos para odiar a Jane Meyer.

—La odiaba pero no hasta el punto de matarla.

—¿Escribió Richard los anónimos?

—No.

—Pero el diario del que recortaron las letras estaba en la casa de Richard. Eso lo vimos todos.

—Alguien lo puso allí.

—¿Usted?

—¿Cómo se atreve a acusarme?

—Le dije que si Richard no era el asesino tendría que ser usted.

—Oh, no.

—¿Quién tenía acceso a la casa de Richard?

—Él y yo.

—¿Alguien más?

—Repartidores de leche, el cartero, ya sabe, gente así.

—¿Algún sospechoso entre ellos?

—No, no creo que ninguno tenga nada que ver con el crimen.

—Entonces, si elimina a esa gente, me quedo con dos personas. Con Richard y con usted. Y si usted me dice que Richard no fue el asesino, ¿quién me queda?

—Yo.

—Gracias.

—¡Pero yo no fui, señor Simmons!

—Sólo hay una cosa en su favor, Samantha.

—¿El qué?

—Que ha venido aquí para contratarme y si fuese usted la asesina, debería dejar las cosas como están. Por otra parte, creo que ama realmente a Richard. Por tanto, no podía utilizarlo a él como instrumento para librarse de Jane.

Samantha sonrió.

—Menos mal que tiene un cerebro.

Me toqué la cabeza.

—Es con lo que me gano el pan —señalé la botella—. Y el whisky.

Dio una chupada al cigarrillo.

—Samantha, el asunto está muy feo.

—Ya lo sé.

—Si él no la mató y usted tampoco, el que lo hizo estaba al corriente de todos los pasos de usted y de Lambert. Quiero decir que conocía la casa de Richard para introducir el diario. Pero hasta eso resulta insignificante comparado con lo demás. Esa persona tenía que conocer la amenaza que Richard le hizo a Jane hace un año. Esa persona quiso eliminar a Jane y entonces montó todo un tinglado para llevar a cabo su crimen y que Richard cargase con él. Todo fue meticulosamente planeado y, de momento, sólo hay una persona que estuviese en condiciones de hacerlo.

—Mark Robbins.

—Sí, Samantha.

—Pero, ¿cómo iba él a matar a Jane cuando se ha gastado tanto dinero en ella?

—Esa es la contradicción. Pero el mundo del crimen está lleno

de contradicciones. Apuesto a que el señor Robbins habría contratado una póliza de vida sobre Jane Meyer.

—Suponga que la respuesta es afirmativa.

—Mark Robbins sería mi candidato.

* * *

El funeral de Jane Meyer fue sonado.

Toda la gente importante del cine estaba en el cementerio.

También había periodistas. Y, naturalmente, las cámaras de televisión y de cine.

Los viejos actores eran los más entrevistados aunque en esta ocasión no hubiese muerto uno de los suyos, los veteranos, sino una recién llegada, pero que ya había conmovido al mundo con sus primeras películas.

Todos sentían mucho la muerte de Jane Meyer. Habría sido una nueva Jean Harlow, una nueva Carole Lombart, o una nueva Marilyn Monroe. Porque Jane Meyer estaba en la línea de aquellas «glamurosas» estrellas.

Vi caras apenadas y la que parecía más triste era la del descubridor de Jane Meyer, el hombre que la había sacado del anonimato, el que la había lanzado a la cumbre, el productor Mark Robbins. Llevaba un traje negro y ocultaba los ojos bajo gafas oscuras. Una veterana actriz que ya no trabajaba, pero que estaba en todos los funerales, lo sujetaba por el brazo, como si Mark Robbins no tuviese fuerzas para sostenerse, y al otro lado de Mark había un famoso director premiado dos veces con el Oscar.

El acto terminó. Los curiosos todavía permanecieron, pero los actores empezaron a dispersarse. Montaban en coches negros y partían veloces.

Mark Robbins recibía el pésame de los asistentes.

Me quedé para el final. Robbins se despidió del director y de la veterana actriz. Quedó a solas con dos tipos con aspecto de matones.

—Acepte mi pésame, señor Robbins —dije cuando Robbins se disponía a ir hacia su coche.

Me había dado la mano inconscientemente casi sin mirar, pero al identificarme, dijo:

—¿Qué hace aquí, Simmons? —su voz estaba cargada de furia

—. Usted consintió la tragedia.

—¿Cuánto cobrará por la muerte de Jane Meyer?

—¿Eh?

—¿Suscribió alguna póliza de vida por ella?

—Hijo de perra.

—Eso me contesta. Hay póliza de vida. ¿Por cuánto, señor Robbins?

—Bastardo, márchese.

—Si no me lo dice, yo lo investigaré.

—Le advertí que ya había terminado con el caso.

—Tengo otro cliente.

—¿Quién?

—No estoy autorizado para decir su nombre.

Robbins hizo chasquear los dedos.

Los dos matones se habían detenido, y estaban como a unos tres metros, y ahora se acercaron a su patrón. Eran un par de tipos de buena presencia y vestían con elegancia. Probablemente serían los mismos tipos que Mark Robbins había puesto para cuidar a Jane Meyer. Pero la habían cuidado muy mal.

—Robbins —dije sin inmutarme—, ¿me va a decir cuánto va a cobrar por la muerte de Jane Meyer?

—Apártese de mí, Simmons. Si no lo hace, estos dos hombres le darán su merecido.

—No me asusta.

—La policía tiene ya al culpable.

—Suponga que Lambert es inocente.

—Jane lo contrató para que lo librase de Richard. Lambert y usted fracasó. No trate ahora de cubrir su fracaso con un estúpido chantaje.

—¿Chantaje, señor Robbins?

—Piensa que yo le voy a pagar para que silencie la posible existencia de una póliza de seguros sobre la vida de Jane Meyer, y de la cual yo sería el beneficiario.

—Existe esa póliza y eso es lo que me importa. Sabré pronto cuánto cobrará por ella, señor Robbins. Hasta la vista.

Mark Robbins se quedó con ganas de dar la orden a sus dos

matones para que me diesen la paliza. Pero se dio cuenta de que todavía estaban allí los tipos con las cámaras de cine y televisión. Y habría sido muy malo para él dar un escándalo en el cementerio donde había quedado enterrada la famosa Jane Meyer.

CAPÍTULO X

UN investigador privado tiene amigos o conocidos que trabajan para él. Así se ahorra mucho tiempo. Yo también los tenía.

Esta vez confié mi asunto a Nathan Emerson, alias el Flaco. Era lo más parecido a un ratón. Entraba y salía sin que uno se diese cuenta. Había sufrido cinco condenas, pero ya habían pasado diez años desde la última. Ahora tenía mucho cuidado en no dejarse atrapar en el cepo.

Nathan se encargaría de investigar la existencia de la póliza sobre la vida de Jane Meyer, y de la cual Mark Robbins sería lógicamente el beneficiario. Mientras tanto, yo tenía que esperar. Y no conocía mejor sitio para hacerlo que mi oficina.

Estaba sentado allí hojeando una revista de chicas en bikini.

Funcionó la puerta de entrada y luego la que tenía enfrente.

Había recibido dos hermosas mujeres en los últimos días, a Jane Meyer y a Samantha Ryan. Para variar llegaron dos hombres. No se puede tener todo.

Eran los dos perros guardianes de Mark Robbins.

Pero ahora no llevaban el traje de luto. Se cubrían con chaquetas sport y eso les hacía parecer más grandes.

Uno de ellos era pelirrojo y el otro rubio.

—Hola —les dije.

El pelirrojo se acercó por la derecha y el rubio por la izquierda.

Continué en la silla. No había motivo para que me alarmase. Lo único que podían hacer aquellos tipos era aplastarme contra el sillón y reducir mi tamaño cuatro veces, pero ya crecería.

El pelirrojo se miró la mano derecha.

—Tengo un cortauñas en el cajón —le dije—, porque soy un tipo muy generoso y no me gusta que los tipos vayan con las uñas largas.

—Hermano —dijo él—, se va a ganar un sopapo.

—¿Por qué?

—Por curiosón.

Señalé la hoja de la revista en que había una nena con un bikini que era un milagro que se sostuviese.

—Sólo tengo curiosidad por este bombón. Me estoy preguntando qué edad tiene.

El pelirrojo miró a la muñeca y dijo:

—Dieciocho años.

—¿Es posible?

—Dieciocho años va a andar usted a gatas cuando Elmer y yo terminemos de darle la pasada.

—Me pone muy triste, rojizo. Ya anduve a gatas lo mío.

—No debió faltarle al respeto al señor Robbins.

—Oh, cuánto lo siento. Pero si me dejan que le telefonee le presentaré mis respetos.

—¿Ah, sí?

—Le diré lo que se me olvidó decirle en el cementerio.

—¿Qué cosa?

—Que es el cerdo más gordo, y que no venda sus jamones porque están llenos de gusanos.

El pelirrojo se quedó con la boca abierta y el rubio dijo:

—Eh, Burt, te está tomando el pelo.

—Pues ahí va mi respuesta.

Me soltó su puño derecho, que era una calabaza.

Yo salté a tiempo. La calabaza chocó contra el brazo de la silla y lo partió por la mitad. Demonios, si me hubiese atrapado la cara me la habría convertido en pulpa.

Fui a detenerme cerca de la pared tambaleándome porque el salto había sido bueno.

El pelirrojo Burt pegó un chillido porque su mano no era manteca y se debió hacer daño.

—¿Pupa, nene? —me interesé por él.

—¡Maldito seas, sabueso! ¡Te voy a juntar las costillas en una sola pieza!

—Bruto, ya forman parte de una sola pieza. Están unidas a la columna vertebral.

El rubio se metió la mano en el bolsillo de su impecable chaqueta y la sacó con algo que me puso triste. Una porra. Se ensanchaba por la parte final y aposté a que estaba llena de perdigones.

—Eh, chico —le dije—, que no estamos en la temporada de la caza de conejos.

Le hizo mucha gracia mi ocurrencia porque se echó a reír.

—Sabueso —dijo—, tú no eres un conejo.

—Gracias.

—Eres una liebre. Y te voy a obsequiar con mi perdigonada.

Levanté las manos.

—Muchachos, un poco de serenidad. Nos hemos reunido aquí para cantar. Yo soy bajo, el rubio es barítono y tú tienes una porquería de voz, pelirrojo, pero podemos formar un buen trío. ¿Qué os parece si cantamos? «En este valle somos muchos borregos y el matadero es nuestro final glorioso».

—¿Es eso una canción? —preguntó el pelirrojo Burt, que no tenía nada de sesos.

—La aprendí cuando era pequeño y daba gloria vernos a seis golfillos y a mí cantándola el día de la Independencia. Reuníamos hasta un dólar, centavo a centavo.

El rubio Elmer chasqueó la lengua.

—Burt, te digo que te está tomando el pelo. ¡Y ahora me lo quiere tomar también a mí! ¡Y a mí nadie me toma el pelo!

Le miré el pelo. Lo tenía muy corto.

—Te falta un trasplante, Elmer —le dije—. Entonces te podrás dejar melenas.

Los dos se pusieron en marcha. Se habían cansado de mis chistes.

El rubio hacía mover la porra hacia arriba y hacia abajo, como si pretendiese hipnotizarme con sus oscilaciones. Pero en un momento determinado la aseguró en su mano, justo cuando se

disponía a soltarme la perdigonada.

Yo no me dejé.

Cuando se abalanzaba le solté un patadón en la ingle.

Fue digno de verse. La porra golpeó contra la pared y se deshizo. Los perdigones se desparramaron por el suelo.

El pelirrojo me mandó un viaje con su calabaza sana. Me rozó el hombro y creí que me caía encima la estatua de la Libertad con un par de acorazados qué pasaban por allí.

Tuve que retroceder para impedir que el segundo golpe me convirtiese en desperdicios.

El pelirrojo Burt soltó una carcajada.

—Eh, Elmer, ya lo tengo.

El rubio dejó caer el resto de la porra en el suelo.

—Sabueso, quiero que me recojas todos los perdigones.

—En seguida.

—Con los dientes.

—A la orden.

Se quedó asombrado porque me incliné hacia el suelo como si fuese a coger los perdigones con los dientes. Pero lo que hice fue lanzarme contra él.

Le pegué un testarazo en el estómago antes de que se diese cuenta de lo que yo iba a hacer. Y voló por el aire pegando un chillido.

Creí que mi cabeza iba a explotar. Aquel tipo tenía un estómago de faquir, endurecido con trozos de acero.

Otra vez inicié la retirada porque los objetos daban vueltas a mi alrededor.

El pelirrojo Burt gritó:

—¡No huyas, sabueso!

Pero yo seguí mi camino hacia la ventana y me detuve porque no tenía ningunas ganas de irme a la calle por el hueco.

El pelirrojo se dirigía hacia mí con ganas de rematarme.

—Ven, guapín.

—No puedo, hermano.

—Sólo te voy a hacer un par de caricias.

—Para tu tía, hermano.

—En cuanto te haga un arreglo de nariz y de boca, vas a tener a las chicas con bikini detrás de ti todo el día.

—No me querrán ver, hermano. Estaré muy feo.

Aflojé las piernas para dar la sensación de que estaba sin energías y él se confió lo bastante para que yo le colocase el puño derecho. Estalló en sus narices como un cartucho de dinamita. ¿Y qué pasa cuando un cartucho de dinamita estalla en las narices? Que las narices se convierten en una porquería. Y eso fue lo que pasó con las narices del pelirrojo.

Se derrumbó mientras arrojaba sangre.

Trató de levantarse mientras soltaba maldiciones, pero le pegué otro leñazo en el cuello. Terminó de caer y quedó inmóvil.

Él rubio Elmer todavía no se había recuperado. Hizo algo estúpido, venir hacia mí, tambaleándose.

—Ya me tenéis hartos —dije y le solté la izquierda.

Fue otro cartucho de dinamita. Pero a él le explotó entre los dos ojos.

Dio una vuelta de campana y quedó boca abajo como un sapo, los brazos y las piernas abiertas.

Me estaba sirviendo un whisky cuando la puerta se abrió.

Giré para enfrentarme con el tercer matón. Pero era Nathan Emerson, alias el Flaco. Estaba asombrado viendo a los dos tipos que estaban en el suelo. Encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Caramba, Rock, no te privas de nada.

—Estaba haciendo mis ejercicios diarios para bajar la tripa. ¿Qué hay de lo nuestro?

—Concluido.

—Escupe.

—Escupe tú primero los otros veinte dólares.

Le había dado veinte pavos para ponerlo en marcha. Saqué mi fajo de billetes y aparté los cuatro de a cinco dólares y se los di.

—Acertaste, Simmons. Mark Robbins firmó con la Continental una póliza de vida sobre Jane Meyer. Y Robbins era el beneficiario.

—¿Cuánto?

—Agárrate porque te puedes caer.

Me agarré al frasco de whisky, que era lo que tenía más cerca, y de paso me aticé otro trago.

—Vamos, suéltalo ya, Nathan. ¿O es que quieres que toque el tambor?

—Un millón de dólares.

Me aticé otro trago porque la cifra era como para beberse la botella.

El Flaco hizo chasquear los dedos.

—¿Qué te parece? A ese productor le matan la actriz y él cobra un millón. A mí se me murió mi mujer y sólo tuve disgustos. Sus hermanos me querían liquidar porque dijeron que yo había dado mala vida a la pobre Sara.

—No hay justicia en el mundo.

Saqué la pistola.

El Flaco gritó:

—Eh, Rock, ¿qué vas a hacer?

—No te preocupes. Todavía no me he convertido en un asesino.

Despertó el pelirrojo, y el rubio lo hizo a continuación.

—Atención, muchachos —dije.

Tardaron un poco en enfocar mi imagen.

—Ya me cansé de pegar. Esta es una pistola y dispara balas. Regístralos, Nathan.

Los registró.

El pelirrojo no tenía pistola, pero el rubio sí.

El Flaco me pasó el arma y yo la guardé en el bolsillo.

—En pie, muchachos. Vamos a ver a vuestro patrón.

El pelirrojo puso una cara muy triste.

—Oye, Simmons, no tienes que preocuparte por nosotros. No volveremos a molestarte.

—Eso ya no me importa. Tengo que conversar con Robbins. ¿Dónde está ahora?

—En su casa.

—Pues vamos a su casa. Imagino que habréis traído coche.

—Sí.

—Viajaré en vuestro auto con vosotros, y el que se desmande va a recibir una bala donde más duele.

Me despedí de el Flaco.

—Gracias, muchacho.

Poco después los dos guardaespaldas de Mark Robbins y yo nos pusimos en camino hacia la casa de Mark Robbins.

El productor no vivía precisamente en una choza. Ya imaginaba que se habría reservado todo lo mejor para él. En una gran piscina había tres nenas tomando el baño. Y el gordo, cubierto por un albornoz, estaba sentado en una silla.

Nos vio llegar y dio un respingo al ver el estado en que se encontraban sus dos empleados.

—Robbins —dije—, ya sé lo que necesitaba saber. La muerte de Jane Meyer le servirá para embolsar un millón de dólares y ese fue un buen motivo para asesinarla.

CAPÍTULO XI

MARK ROBBINS estaba amarillo.

—Simmons, no diga eso. No lo diga. Yo no maté a Jane Meyer.

—Cobraré un millón que no tendrá que repartir con nadie.

—Era lógico que me asegurase. Todos los productores lo hacemos cuando nos apostamos todo nuestro dinero por una sola estrella. Y fue lo que yo hice con Jane Meyer. Tenía que cubrir los riesgos.

—Oh, sí, Jane era una viejecita. Se iba a morir de un día a otro por el peso de la edad.

—Ella tenía veinticuatro años y no iba a morir de vieja. De acuerdo, Simmons. Pero había otro motivo por el que ella podía arruinar mi negocio.

—¿Cuál?

Se mojó los labios con la lengua. Miró a los dos hombres.

—¡Largaros, par de inútiles!

Los dos matones se alejaron como dos perros apaleados.

Las nenas chillaron en la piscina.

Mark se puso en pie.

—Muchachas, se acabó el baño.

Una de ellas, una morenita con un busto sensacional, gritó:

—Papi, nos estamos divirtiendo mucho.

—Basta, Nancy. He dicho que se acabó. Volved a la casa. Me reuniré con vosotras a la hora de comer.

Las nenas también obedecieron. Fueron saliendo de la piscina, y las tres, una tras otra, besaron a Robbins en la mejilla. Y todas le

dijeron papi.

Una de ellas, una provocativa rubia, me guiñó un ojo al pasar junto a mí.

Las tres corrieron hacia la casa entre risas.

El gordo Robbins dio un suspiro.

—Ya estamos solos —me dije—. ¿Qué mentira va a soltar, Robbins?

—No es ninguna mentira, Simmons —sacó un pañuelo del bolsillo del albornoz y se enjugó el sudor de la frente—. Jane Meyer seguía siendo una drogadicta.

—¿Espera que lo crea, Robbins?

—Le estoy diciendo la verdad.

—Para usted resulta muy cómodo decir ahora que Jane Meyer seguía siendo una drogadicta. De esa forma justifica el que suscribiese la póliza de vida.

—Va a salir de dudas.

—¿A quién me va a presentar? ¿Quizá al tipo que le traía la droga a Jane? ¿A su contacto?

—No, Simmons, yo nunca conocí el contacto de Jane. Ella llevaba todo en secreto. No sé de qué forma se las arreglaba para aprovisionarse de la carga.

—¿Usted era su productor y no lo sabía?

—Le juro que las cosas estaban así. Ella me amenazó. Me advirtió que si investigaba su contacto, me dejaría. Temí que cumpliese su palabra. Además, no quería discutir con Jane a cada instante. Eso hacía daño a su trabajo.

—Adelante, Robbins. Entonces, si no conocía el contacto de Jane, ¿de qué forma me va a convencer de que seguía tomando droga?

—El teniente Carroll sabe que Jane era una drogadicta.

—Entiendo, se refiere a la autopsia de Jane.

—Exacto, Simmons. En el informe de la autopsia se establece que Jane era una drogadicta. El teniente Carroll habló conmigo al respecto.

—¿Y qué le dijo el teniente?

—Lo mismo que usted. Sabía que Jane se drogaba. Pero yo no podía impedirlo. Y tampoco conseguí que ella me dijese de dónde

sacaba la droga. Y le repetiré lo que le dije al teniente. Para Jane era bastante fácil lograr la provisión que necesitaba. Tenía una gran libertad para ir por ahí. Traté de limitársela, pero ya no me hacía ningún caso. Especialmente, las noches las dedicaba a ella misma. Se montaba en el coche y se largaba. Sólo conseguí una cosa. Que saliese menos cuando estábamos rodando.

—¿Cuánto salía entonces?

—Una o dos noches a la semana.

—Es extraño que usted no pusiese a nadie para seguirla.

—Lo hice.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Que Jane descubrió a su perseguidor la primera vez y esa misma noche se presentó en mi casa amenazándome con romper el contrato. Le importaba un rábano que yo la demandase. Fue una escena muy desagradable. Aproveché aquel momento para decirle que dejase la droga, pero sólo sirvió para que me llamase de todo lo peor. Por eso, cuando vi que las cosas estaban tan mal para mí, me refiero a la inversión que yo había realizado con Jane, decidí suscribir la póliza de vida. Al principio, Jane se burló, pero logré convencerla diciéndole que era un asunto de pura rutina en el juego económico de un productor. Pero yo traté de librarla de la droga, señor Simmons. Cuando ella salió de la clínica, pensé que estaba curada. De lo contrario, no la habría sacado de allí.

—¿Por qué no la puso otra vez en tratamiento?

—Me enteré de que Jane seguía siendo drogadicta cuando estaba rodando su primera película. Y el filme resultó un gran éxito. Yo no podía detenerme. Si hubiese metido a Jane en la clínica, habría destruido su carrera. Me vi atado de manos.

—Y a usted sólo le interesaba su dinero.

—Admito que trabajo en la industria del cine para ganar dinero, pero también me importan las personas. Hice lo que pude por Jane. Dígame, ¿qué productor la puso en tratamiento para curarla? Mark Robbins. ¿Y qué era entonces Jane? Nada, no era nada. Una completa desconocida. ¿Qué culpa tengo yo de tener intuición para descubrir estrellas? Hay no menos de media docena de grandes actores y actrices que todo lo deben a mí. Yo fui quien los lancé. ¿Y cómo me lo pagaron? No hay tipos más egoístas, ambiciosos y desagradecidos. Siempre están hablando de que los explotamos,

cuando sin nosotros serían unos desgraciados.

—No me cuente lástimas, Robbins. Usted también es uno como ellos. A pesar de lo que usted diga, sólo piensa en ganar plata. Jane Meyer filmó tres películas antes de morir. Entre una y otra, usted pudo simular un viaje de ella al extranjero y meterla en la clínica para que la sometieran a una nueva cura. Pero ya es inútil lamentarse.

—Sólo puedo decirle que siento mucho la muerte de Jane Meyer.

—Su duelo fue dulcificado con un millón de dólares, ¿verdad, Robbins?

—Se equivoca. ¿Cree que ese millón de dólares me va a resarcir de lo que hubiese ganado con Jane? Una de las más fuertes Productoras me la quería comprar por dos millones, y si tiene alguna duda, se lo puedo demostrar porque tengo su oferta por escrito. Pero yo no iba a vender el contrato. Pensaba continuar solo, porque, si esos productores estaban dispuestos a pagarme dos millones era porque Jane valía veinte veces más.

—¿Cuál es la clínica?

—¿Eh?

—El nombre de la clínica donde Jane fue sometida a la cura.

—Clínica del doctor Johnson.

—¿Dónde está?

—En San Bernardino.

—San Bernardino es muy grande.

—Está en las afueras, hacia el Oeste, en la avenida de Los Robles.

—Voy a seguir mi investigación, Robbins.

—Le pagaré, Simmons. No hace falta que siga.

—¿Por qué quiere que me detenga?

—La policía no tiene por qué informar al público que Jane Meyer era una drogadicta.

—No lo harán porque tienen al culpable de la muerte de Jane Meyer.

—Usted tampoco tiene razón para continuar trabajando. Me haría mucho daño que se supiese que Jane Meyer seguía tomando droga. Arruinaría la última película de Jane.

—Lo siento por su negocio.

—Le daré cinco mil dólares por estarse quieto.

—No, Robbins. Tengo un cliente. Y es él quien me paga.

—Yo tengo prioridad.

—¿Usted?

—Yo lo contraté primero, Simmons.

—Usted no me contrató. Fue Jane Meyer.

—Pero yo le pagué. Era mi dinero el que usted cobró. Y yo estaba tan interesado como Jane en impedir que Richard Lambert llevase a cabo sus amenazas. Se lo acabo de demostrar a las claras. La muerte de Jane Meyer significa una gran pérdida para mí. Una pérdida material y humana, señor Simmons.

—Usted me despidió.

—Confieso que no fui correcto con usted. Perdóneme, señor Simmons, pero estoy seguro de que usted se hubiese comportado de la misma forma si hubiese estado en mi lugar.

—No puedo hacerme la idea de estar en su lugar, Robbins. Cada cual está en su pellejo. Sólo en su pellejo.

Empecé a alejarme de Robbins.

—Espere, Simmons..., No ha oído mi nueva oferta.

No le contesté.

—Diez mil dólares.

Seguí andando hacia el portón.

—Veinte mil dólares. Y se los pagaré ahora. ¿Me oye, Simmons?
Veinte mil dólares.

Dejó de gritar cuando crucé el portón.

Tomé taxi y fui a por mi coche al aparcamiento de la oficina.

Viajé hacia San Bernardino.

En la avenida de Los Robles vi pocas casas. En la falda de una colina había unos muros blancos.

Detuve el coche ante una puerta enrejada sobre la que en una gran placa metálica se leía: «Clínica del doctor Johnson».

Salté del coche y apreté un timbre.

Un hombre apareció por la derecha. Un tipo de cabello negro que vestía de gris.

—¿Qué quiere?

—Hablar con el director sobre un familiar que estuvo aquí como paciente.

—¿Cómo se llama su familiar?

—Jane Meyer.

—Espere.

Desapareció y encendí un cigarrillo mientras esperaba. Pasaron cinco minutos y el tipo regresó.

—El doctor Johnson acepta recibirlo —dijo.

CAPÍTULO XII

ENTRÉ otra vez en el auto y crucé el portón.

El jardín del hospital era muy extenso, con piscina y dos pistas de tenis.

Vi hombres y mujeres que parecían pacientes.

Dejé el coche en el estacionamiento, donde había una veintena más.

Subí una escalera.

Un tipo vestido de enfermero estaba en la puerta.

—¿El familiar de Jane Meyer? —preguntó.

—Sí.

—Venga conmigo.

Era un tipo fuerte, con anchas espaldas y buenos bíceps.

A la derecha estaba la recepción donde había dos jóvenes muy vistosas, las dos de blanco y con un gorrito.

Subimos en un ascensor hasta la quinta planta, la última del edificio.

Al salir de la jaula, míster Bíceps saludó a otro enfermero rechoncho.

—Eh, Buch —le dijo el rechoncho—, tendrás que echarme una mano en la 138 dentro de media hora.

—De acuerdo, Carl, Estaré allí —dijo míster Bíceps.

Entramos en una habitación donde había otras dos nenas vestidas de blanco, pero ellas no tenían gorrito.

Una de ellas manejaba un fichero, la otra se estaba manicurando.

Eran dos preciosidades.

Empecé a pensar que el doctor Johnson tenía un gusto exquisito con las mujeres, casi como el mío. ¿Por qué no rodearse de mujeres hermosas cuando uno tiene que trabajar necesariamente con ellas?

—Su nombre —me dijo míster Bíceps.

—Rock Simmons.

—Espere aquí.

Entró por una puerta del fondo y me dejó con las muñecas de blanco. Las dos me estaban mirando con curiosidad. Les sonreí.

—Esta clínica debe ser muy cara —dije por romper el hielo.

La que manejaba el fichero dejó de prestarme atención para prestárselo a las fichas. Pero la que se manicuraba dijo:

—No es de las baratas.

No hubo más palabras porque en aquel momento reapareció míster Bíceps y dijo mientras mantenía la puerta abierta:

—El doctor Johnson le espera.

Entré en un despacho enorme. En la pared había cuadros de firmas caras. Un buffet, un Picasso, o quizá eran copias.

El doctor Johnson estaba de pie tras un largo escritorio. Tendría unos treinta y cinco años y era alto, rostro de facciones varoniles, cabello rubio, rizado. Llevaba gafas de carey.

Me estrechó la mano.

—Puede sentarse, señor Simmons.

Ocupé un sillón de cuero y él se sentó a la otra parte.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Simmons?

—Habría leído los periódicos.

—Desde luego —dijo un suspiro—. He sentido mucho la muerte de Jane Meyer.

—¿Fue una buena paciente?

—¿Quién le ha dicho que fue nuestra paciente?

—Ella misma. La vi unos días antes de morir.

—Hicimos un buen trabajo con Jane, pero debo decir que colaboró. Esos tratamientos son completamente imposibles si el paciente no nos ayuda.

—La señorita Meyer no se curó, doctor Johnson —le atajé.

—¿Qué?

—Continuó siendo una drogadicta después de salir de aquí. ¿No se lo dijo el señor Robbins?

—No.

—Sin embargo, Jane Meyer fue internada aquí por Mark Robbins.

—Desde luego. Fue el señor Robbins quien pagó el tratamiento de Jane Meyer. Pero el señor Robbins quedó muy contento por la forma en que Jane había quedado tras la cura.

—No hubo tal cura.

—Me deja usted asombrado.

—¿Por qué, doctor Johnson? ¿Quizá porque sus tratamientos acaban siempre con éxito?

—No, señor Simmons. No siempre alcanzamos la victoria sobre el vicio. La droga es el principal enemigo de nuestro tiempo. Usted puede tener cualquier enfermedad y hoy día casi todas se curan.

—Excepto el resfriado.

Se echó a reír.

—Sí, es verdad, señor Simmons. Pero también algún día se logrará acabar con el resfriado. Lo que quiero decirle es que las enfermedades que se deben a agentes extraños al organismo humano, son fácilmente identificables, y está en nuestras manos atacar a esos agentes hasta destruirlos. Pero la persona que se hace adicta a las drogas obedece a sus propios impulsos. Es la voluntad de cada cual la que juega. Y contra la voluntad de una persona es muy difícil luchar. A veces uno cuenta con su consentimiento para poder combatir el mal. Pero la voluntad es muy frágil. La voluntad de curarse es sustituida en un paciente por la voluntad de gozar. Y ya sabe a qué gozo me refiero. Al que proporciona la maldita droga. En un momento determinado, un paciente que ha conseguido apartarse de la droga con nuestra ayuda, desea sumergirse en los paraísos artificiales que le proporciona la morfina, la cocaína o la LSD. Y entonces hay que volver a empezar. La voluntad humana es frágil, señor Simmons, muy frágil.

—¿No volvió por aquí Jane Meyer?

—¿Cómo ha dicho?

Le había disparado la pregunta a boca de jarro. Quizá él esperaba que le aplaudiese después de su discurso. Arrugó el ceño.

—No, no volvió nunca. Y por ello la ficha de la señorita Meyer está archivada entre los casos curados.

Aquel tipo era listo. Me había presentado como un familiar de Jane Meyer y al portero no le había dado mi nombre. Pero yo estaba allí. Me había recibido. El nombre de Jane Meyer debería haber sido mágico para él. La actriz había sido asesinada y el doctor Johnson quería jugar limpio. ¿O todo serían apariencias? Sin embargo, se levantó sonriente.

—Si necesita alguna cosa más, puede ver la ficha de Jane Meyer. Sólo tiene que pedírsela a la enfermera que está encargada del archivo ahí fuera. Se llama Peggy Brook.

—Gracias, doctor Johnson.

Nos estrechamos otra vez la mano. Me acompañó hasta la puerta y desde allí me volví y pregunté:

—¿Le dijo Jane Meyer quién era su contacto?

—Tenía un contacto antes de entrar aquí. Eso es indudable, señor Simmons. Pero eso no lo preguntamos —sonrió benévola—. Somos personas que hemos de curar, no policías para investigar. Debemos ganarnos la confianza de nuestros enfermos, y sería muy mal comienzo para nosotros que interrogásemos sobre la forma en que consiguen la droga. Instantáneamente, los tendríamos en contra.

—Muy comprensible —dije y salí del despacho.

Me dirigí hacia la nena del archivo.

—¿Señorita Brook?

—Sí.

—El doctor Johnson me ha autorizado a ver la ficha de un paciente que tuvieron aquí. Jane Meyer.

Era morena, de ojos muy grandes. Se me quedó mirando como si no me hubiese oído. Pero finalmente reaccionó.

—Oh, sí, enseguida.

Buscó el cajón correspondiente y sacó la ficha. En ella estaba la fecha de ingreso y la fecha de salida. En total Jane había permanecido en la clínica sesenta y dos días. Había un parte médico respecto a la fecha que ingresó. Pupilas dilatadas, fuertes dolores abdominales, taquicardia, estado de angustia. Había otros términos médicos que no entendía, pero que significaban algo así

como huida de la realidad.

Constaban tres fechas en el tratamiento y entre una y otra habían transcurrido unos veinte días. La primera fecha estaba marcada con lápiz rojo, la segunda con lápiz verde y la tercera con lápiz azul. Luego había otro parte, que correspondía al día sesenta y dos del tratamiento: «La paciente puede ser devuelta a la sociedad. Su estado es completamente satisfactorio». Y luego estaba la firma del doctor Johnson. No, con aquella ficha no había adelantado nada. Todo eso lo podía haber imaginado sin la amable ayuda del doctor Johnson.

Sentí un roce en mi bolsillo.

Era la mano de Peggy Brook. La miré a los ojos y ella dijo:

—¿Ha terminado con la ficha?

Se la devolví, le di las gracias y me marché.

Bajé en el ascensor y fui a la playa de estacionamiento. Una vez en mi coche metí la mano en el bolsillo y saqué un papelito. En él habían escrito: «Bar Pocatelli a las siete». Eso era todo.

Aquel papel me lo había metido Peggy Brook.

Faltaba casi una hora para las siete, y yo no sabía dónde estaba el bar Pocatelli.

Hice correr el coche y salí por el portón.

Bajé por la avenida de Los Robles.

Vi a algunas personas, pero no quise detenerme a preguntar a alguna de ellas, porque podían ser empleadas de la clínica.

Llegué al final de la avenida de Los Robles donde había más casas.

Un hombre se había detenido porque había tenido una avería en su moto. Estaba observando algo del mecanismo. Me detuve y le pregunté:

—¿Dónde está el bar Pocatelli?

—Dos calles más abajo, a la izquierda.

—Gracias.

Di una vuelta por San Bernardino mientras pensaba.

Finalmente me puse otra vez en marcha y me dirigí al bar Pocatelli.

Faltaban cinco minutos para las siete. Me senté en una mesa del fondo y pedí al camarero un whisky.

Peggy Brook llegó a la hora convenida, pero no llevaba bata blanca, sino minifalda negra y suéter rojo.

No hizo falta que le hiciese una señal con la mano. Me descubrió enseguida y vino a la mesa.

—Siéntese, señorita Brook.

Ocupó una silla, apoyó los codos en la mesa y cruzó los dedos de las manos.

—Sé que es un investigador privado, señor Simmons.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo oí decir al doctor Johnson.

—El doctor Johnson no se equivocó.

—Y a usted le interesa saber todo lo de Jane Meyer.

—Por eso visité la clínica.

Guardó silencio porque el camarero dejó el vaso de whisky.

—¿Qué va a tomar, señorita Brook?

—Vodka en las rocas con jugo de piña.

El camarero se marchó y entonces Peggy agregó:

—Señor Simmons, creo que en la clínica del doctor Johnson están pasando cosas horribles.

CAPÍTULO XIII

—¿QUÉ cosas horribles, Peggy?

—Llevo sólo un mes en la clínica. Yo trabajaba como enfermera del doctor Coleman en Los Ángeles. Coleman era amigo de Johnson. El doctor Coleman sufría de cáncer. Viéndose morir, me recomendó al doctor Johnson. Así fue como entré en la clínica que usted acaba de visitar.

El camarero regresó y Peggy hizo una pausa para beber un traguito de su vodka con jugo de piña.

Después prosiguió:

—Al ingresar en la clínica, el doctor Johnson me prohibió ir a la planta tercera.

—¿Por qué?

—No lo, dijo. Y yo pensé que se debería a que en esta planta había enfermos peligrosos.

—¿Y no es así?

—No, señor Simmons.

—¿Y qué hay en la tercera planta?

—Algo increíble.

—Si me lo dice usted, la creeré.

—Un bar-restaurante. Y está puesto con un lujo oriental.

—¿Cómo llegó usted a la tercera planta?

—Verá, un enfermero, Roger Harrison, me dijo un día que me estaban esperando en la tercera planta. Fui allí. Eran como las seis de la tarde. Me asombró ver aquel bar-restaurante. Yo ya conocía a varias pacientes. Estaban en tratamiento. Y se divertían como si no

sufriesen ninguna dolencia. Una de las enfermas me reconoció. Se llama Martha Fennelly. Es una novelista. Ha escrito también para el cine. Llegó aquí un día después de que yo empezase a trabajar. La señorita Fennelly se dirigió hacia mí. Tenía los ojos brillantes y sonreía llena de optimismo. Y yo supe por qué. Estaba drogada.

—¿Está segura de lo que dice?

—Completamente. Llevo cuatro años trabajando como enfermera en la especialidad, y sé cuándo una persona está drogada.

—¿Qué le dijo Martha Fennelly?

—Me quiso invitar. Yo estaba tan asombrada que acepté tomar un trago con ella. Y continué viendo cosas que no me gustaron. Como ya le he dicho, había otros pacientes. Y me pareció que todos ellos estaban drogados.

—¿Qué hacían?

—Unos bailaban. La música llegaba por unos altavoces.

—¿Quiénes atendían el bar?

—Mujeres.

—¿Y las mesas?

—Hombres. Y todos tienen un común denominador. Ellos son muy apuestos y ellas muy bonitas. Algunos de los camareros confraternizaban con las pacientes. Y los enfermos simpatizaban con las camareras. Aquello me pareció el comienzo de... —se interrumpió.

—Dígalo, Peggy.

—De una orgía.

—¿Se quedó hasta el final?

—De ninguna manera. Martha Fennelly me había elegido como víctima. Cogió mi mano y la acarició. Empecé a sentirme molesta cuando trató de besarme. Yo no pude resistirlo más y, sin decir nada, me marché.

—¿Qué consecuencias le trajo el haber estado en la planta tercera?

—Estoy segura de que el doctor Johnson no lo sabe porque no me dijo nada.

—¿Habló con el enfermero que la envió?

—Sí, me dijo que Martha Fennelly le había dado cinco dólares

por conducirme allí. Le pedí a Roger Harrison que guardase silencio sobre el incidente. Y él no ha tenido más remedio que callarlo porque, de saberse, sería despedido.

Quedó pensativa.

—Señor Simmons, ¿se da cuenta de lo que le he dicho?

—Sí, Peggy. Y si no me equivoco, en esa clínica en que se debería curar a los drogados, se les proporciona dos clases de paraísos: el artificial y el natural.

—Tengo miedo. Quisiera marcharme, pero me temo que me lo impedirían.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Mi compañera Doris Burke, hace unos días, hablando de nuestro trabajo, dijo que el doctor Johnson contrataba a sus enfermeras para siempre y le dio una especial entonación.

—¿Como si ella supiese algo de su visita a la tercera planta?

—Sí.

—¿Algo más?

—Doris Burke se refirió a una enfermera que había trabajado en la clínica durante unos meses. Se llamaba Patricia Carson. Doris Burke dijo que Patricia Carson quiso marcharse de la clínica. Y que no ha vuelto a saber nada de ella. Pregunté qué quería decir y Doris me contestó: «Pues eso, rica, que se hizo humo».

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando Doris Burke en la clínica del doctor Johnson?

—Tres años.

Miré hacia la puerta. Estaba oscureciendo.

—Tengo que entrar en esa clínica, Peggy. Quiero ver con mis propios ojos la planta tercera.

—No puede hacer eso.

—Debo hacerlo y usted me tiene que ayudar a entrar.

—Creo que pondremos en peligro nuestra vida.

—Supongo que sí. Por eso tiene usted que facilitarme la entrada y quedarse al margen.

La joven bebió otro traguito de su mejunje.

—¿Se da cuenta de lo que pide, Rock? Suponga que yo le puedo facilitar la entrada. ¿Qué pasará con usted si lo descubren?

—Déjelo, es cuenta mía.

—Si entra, no podrá salir.

—No se preocupe, Peggy.

—Ya estoy arrepentida de haberle dicho todo eso.

Le cogí la mano y la apreté suavemente.

—Peggy, me ha hecho un gran favor. Estoy trabajando en un caso de asesinato. Estrangularon a Jane Meyer y culparon al ex marido de ella, a Richard Lambert. Ahora estoy más seguro que nunca de que Lambert es inocente. Y ya estoy dispuesto a apostar a que la muerte de Jane Meyer está relacionada con la clínica del doctor Johnson. Jane Meyer estuvo sesenta y dos días en la clínica según su ficha, y salió curada. Pero eso era falso. Continuaba siendo una drogadicta.

—¿Supone que el doctor Johnson le hacía llegar la droga?

—Sí.

—Pero eso quiere decir que Jane Meyer pagaba la droga a buen precio.

—Seguro.

—Entonces, ¿por qué el doctor Johnson iba a ordenar la muerte de un cliente tan importante?

—No lo sé, y quiero saberlo.

—Está bien. Le facilitaré el acceso.

—¿De qué forma?

Consultó su reloj.

—Al sur del edificio hay ahora un portero que conozco. Se llama Douglas Sutton. Nos dejará entrar.

—Debo ir solo.

—Douglas no lo dejarla entrar si no lo viese conmigo

—¿Qué le dirá a Douglas para que yo pueda entrar con usted?

—Que es usted el doctor Gunther.

—¿No le extrañará que entremos por esa puerta y no por la principal?

Peggy se mordió el labio inferior.

—Lo presentaré como mi prometido. Olvidé algo en la oficina y voy a recogerlo.

—Douglas podría sugerir que yo la esperase a usted.

—No se preocupe. Le resulto simpática a Douglas. Lograré que

entre conmigo.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en marcha.

Pagué las consumiciones y salimos del bar Pocatelli.

Peggy había traído su auto y decidimos usar el suyo, puesto que Douglas lo conocía.

Llegamos a la entrada sur del edificio. El portón era la mitad de grande que el principal. Pero cabía un coche.

Las sombras se iban adueñando de la Tierra.

Douglas salió de su escondite. Era un hombre de unos cincuenta años.

Douglas se acercó al lado de Peggy, que era quien conducía.

—Hola, señorita Brook.

—Hola, Douglas. Olvidé un trabajo que me encargó el doctor Johnson.

Douglas me miró y Peggy dijo muy aprisa:

—Le presento a mi prometido, el doctor Gunther. Íbamos a cenar juntos cuando recordé el encargo del doctor Johnson.

Peggy no había detenido el motor del coche.

—Tanto gusto, doctor Gunther.

—Celebro conocerle, Douglas. Peggy me ha hablado de usted.

Faltaban unos diez minutos para las ocho.

Peggy llevó el coche hacia el edificio. Cuando lo detuvo, en una pequeña zona de estacionamiento, dije:

—Se tiene que marchar, Peggy.

—No puedo marcharme dejándolo solo aquí.

—No se preocupe por mí. Una vez dentro, me será fácil salir. Por si se pusiesen las cosas difíciles, llevo pistola.

—Está bien, pero tengo que acompañarlo hasta la planta tercera por si nos encontramos con alguien.

—De acuerdo. Nos despediremos allí.

Saltamos del coche y entramos en el edificio.

Peggy saludó a otro portero de bata blanca. Yo le obsequié con mi mejor sonrisa y él continuó leyendo el periódico que tenía entre las manos.

Subimos en el ascensor hasta la tercera planta.

Peggy me señaló una puerta.

—Es ahí.

—Hasta luego, Peggy. Nos veremos dentro de dos horas en el bar Pocatelli.

No esperé su respuesta. Abrí la puerta y entré.

CAPÍTULO XIV

VI el bar, las mesas y también a los pacientes. Se divertían mucho.

Algunos bailaban y otros hablaban en las mesas.

En la barra había chicas muy monas y los camareros eran bien parecidos.

De las paredes colgaban cuadros. Todos eran parecidos, desnudos.

La atmósfera estaba impregnada de erotismo.

Una pelirroja de unos treinta años cuyo vestido tenía un gran escote se acercó a mí y me cogió la mano.

—Tú debes ser nuevo.

—Sí.

—¿Cuál es tu habitación?

—La ciento ochenta.

—La mía es la doscientos setenta y dos. Soy Susan Graham.

—Y yo, Peter Lorys.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Peter?

—Llegué hace una semana.

Me miró de arriba abajo.

—¿Y todavía no te habían dado permiso para entrar en el bar?

—Ya sabes que estas cosas resultan difíciles.

—¿Estás listo?

Conocía el argot de los drogadictos. Quería decir si yo había recibido una carga. Me estaba mirando fijamente a los ojos. Aquella mujer sabía perfectamente quién tenía la carga y quién no.

—No, todavía no.

—Debes estar muy mal. Anda, ven conmigo y te servirán la dosis.

Yo no había ido allí para que me metiesen una ración de cocaína, de morfina o de LSD.

—Me dieron un anti, Susan —alegué.

En el argot de los drogadictos, quería decir que me habían sometido a tratamiento. Era lógico pensar que, en un principio, los pacientes del doctor Johnson fuesen tratados normalmente, como si realmente fuesen allí a curarse. El doctor Johnson tendría que hacer las cosas bien.

—Pobrecito —dijo Susan—. Debes estar pasando mucho.

—Bastante, Susan.

—Pero si el doctor Johnson te autorizó a bajar, significa que ya ha acabado tu tormento.

—Sí, pero el doctor Johnson me ha dicho que tendré que esperar un par de horas.

—A mí me dijo algo parecido. Pero yo me ambienté muy pronto, en menos de una hora.

Le guiñé un ojo.

—Me ambientaré también en menos de una hora.

—Ven conmigo.

Fuimos a una mesa. Un camarero se acercó.

Ella pidió un whisky y yo otro.

Cuando el camarero se fue, Susan se inclinó sobre mí y me dio un beso en la comisura de la boca.

—Tú y yo nos varaos a entender, Peter.

—Seguro, Susan. Me pareces una compañera ideal... ¿A que te dedicas?

—Soy locutora de radio. Trabajé también para la televisión, pero me echaron y volví a la radio... Tengo un marido millonario, ¿sabes?... Fabrica motores para aviación.

A mí no me importaba en ese momento lo que ella o su marido pudiesen ser.

—¿Cuánto tiempo llevas en la clínica, Susan?

—Dos meses. Saldré pronto. La semana próxima... El doctor Johnson es maravilloso, ¿sabes? Cuando salga, me continuará proveyendo.

Era tal como me había imaginado. Aquella clínica era todo fachada. En realidad, se dedicaba a suministrar la droga a los pacientes con mucho dinero. El doctor Johnson podía estar satisfecho porque debería ganar los billetes a paletadas.

—Buenas noches, señor Simmons.

Era justo el hombre en que estaba pensando.

Estaba allí sonriéndome. Pero sus ojos no eran amistosos. Todo lo contrario, resultaban agresivos tras las gafas de carey.

Susan Graham dijo:

—Doctor Johnson, él no se llama Simmons.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se llama?

—¿No lo sabe?

—Quizá lo olvidé.

—Es Peter Lorys.

Johnson acentuó su sonrisa.

—Susan, váyase.

—¿Qué me está diciendo, doctor?

—Que se vaya.

—Pero usted no puede...

—Yo puedo ordenar que nos deje solos. Y es justo lo que le estoy ordenando, Susan.

—No consiento que...

—Una palabra más y mañana no tendrá la dosis.

Susan quedó en suspenso unos instantes y por último se levantó y se fue.

El doctor Johnson ocupó su silla.

Yo le sonreí.

—Fue muy efectiva su amenaza con Susan.

—Son pobrecitos pacientes que necesitan la ayuda enérgica de su doctor.

—Es usted un cínico.

—¿Sí?

—Y algo peor.

—Dígalo, Simmons.

—Un asesino.

Sacó un paquete de cigarrillos y, con mucha calma, encendió

uno con un mechero de oro.

—Doctor Johnson —dije—, usted es peor que el más carnicero de los homicidas. Mata a las personas por docenas. Y lo hace cruel y despiadadamente.

Dirigí una mirada a mi alrededor. Los drogadictos se estaban divirtiendo mucho.

—¿No le da asco hacer lo que hace, doctor Johnson?

—Después de todo, usted es un ingenuo, Simmons. Yo sabía que usted volvería. No sabía cómo, pero volvería. Por eso no me fui a mi casa. Estaba esperando su visita.

Sentí un escalofrío por la espalda. Si temía mi visita, había tenido que controlar mi llegada, y yo había ido allí gracias a Peggy Brook.

—¿Dónde está Peggy?

—No se preocupe por ella. Está bien.

También él dirigió una mirada en su torno y dijo:

—Obsérvelos, son felices.

—¿A qué precio obtienen la felicidad?

—Pagando lo que deben pagar. Ellos son privilegiados. Han triunfado en el teatro, en el cine o en la novela, y cualquiera de esas profesiones proporciona grandes ingresos.

—Y usted quiere obtener lo que ellos ganaron.

—No es culpa mía que se convirtiesen en drogadictos... Lograron lo que querían. Olvidarse del mundo, del asco que les rodea. Son dichosos creándose mundos imaginarios. Ellos aborrecen la realidad, incluso le tienen miedo. Yo les facilito la forma de olvidarse del mundo en que viven.

—Se supone que ellos vienen aquí para que usted los cure...

—¿Y devolverlos a esa vida que les resulta insoportable? Oh, no, señor Simmons. ¿Sabe cómo acaban la mayoría? Suicidándose. Yo les doy la oportunidad de qué sigan siendo útiles a la sociedad. ¿Sabe que muchos de ellos escriben o actúan mejor después de mi tratamiento?

—Yo sé por qué. Porque usted les sigue proporcionando droga.

—Sí, señor Simmons. Yo me comprometo a servirles la que les falta.

—¿Obsequió con esa felicidad a Jane Meyer? Ya sé quién era el

contacto de Jane.

—¿Quien?

—Su mayordomo, Lloyd Wallace.

—Es posible.

—Y también el mayordomo la asesinó por orden de usted.

—Es posible.

—Me he preguntado un montón de veces por qué habrían matado a Jane Meyer y creo que ya tengo la respuesta.

—¿De veras?

—Jane Meyer se cansó de pagar. La conocí y sé que era una mujer con mucho genio. Ella le hizo chantaje... Le devolvió la pelota, doctor Johnson. Lo amenazó con denunciarlo a la policía si no le proporcionaba la droga gratuitamente.

El rostro del doctor Johnson había cambiado desde que empecé a hablar de Jane. En sus ojos brillaba el odio, y su boca estaba torcida en un gesto feroz.

—Me exigió algo más, Simmons. Jane Meyer quiso una participación en el negocio. Al principio me pidió cincuenta mil dólares. Traté de persuadirla, pero no sirvió de nada. Tuve que pagarle los cincuenta mil. Pero desde ese momento supe que me tenía que librar de ella. No, yo no podía consentir que una paciente mía me chantajease. ¿Qué sería de mi clínica si todos los pacientes hiciesen lo mismo? Los pacientes deben respetar las reglas del juego.

—Oh, sí, deben ser dóciles. Ellos sólo pueden hacer una cosa: pagar por la droga y callar.

—Correcto, señor Simmons. Es lo único que pueden y deben hacer.

Me levanté.

—Se le acabó el negocio, doctor Johnson.

—¿Usted cree?

—Acompáñeme.

—¿A dónde, Simmons?

—A la policía.

Saqué la pistola y le apunté.

—Mire hacia la puerta.

Observé la puerta de entrada.

Dos hombres estaban allí. Tenían sujeta a Peggy Brook y no dudé que uno de ellos la estaba amenazando con un arma.

—Deme su pistola, señor Simmons —dijo el doctor—. Démela si no quiere que Peggy Brook muera.

Le entregué la pistola.

—Bravo, Simmons. Es usted muy humano.

Guardó mi pistola en el bolsillo y se levantó.

—Sígame.

Al llegar junto a Peggy, el doctor Johnson hizo una señal y todos salimos.

Johnson cometió un error. No ordenó que me registrasen. Yo tenía otra pistola, el arma del rubio Elmer.

—¿A dónde vamos, doctor Johnson? —pregunté.

—Esta es su ejecución, señor Simmons.

—¿Y Peggy?

—También será ejecutada.

—¿No hay apelación, doctor Johnson?

—Usted sabe que no puede haberla. Me juego mucho.

Peggy me dirigió una mirada que quería decir: «Lo siento, Rock, pero salió la cosa mal y yo no me quejo».

Bajamos en un ascensor a un sótano, donde había varios coches.

El doctor Johnson se metió en uno de los autos y puso en marcha el motor. No quería que se oyese los estampidos.

El enfermero que tenía la pistola era rubio y pecosito. Se había descuidado un poco y apuntó al suelo.

—Cuando quieras, Buster —dijo el doctor Johnson.

Saqué la pistola de Elmer y apreté el gatillo.

El llamado Buster recibió el impacto en el pecho cuando ya se disponía a disparar contra Peggy.

El otro enfermero iba a sacar un arma, pero renunció al ver que yo le apuntaba.

—¿Cómo te llamas?

—Joe Perkins.

—Quiero que confíes, Joe.

El doctor Johnson cometió su segunda ingenuidad. Sacó la pistola que yo le había proporcionado. Disparé mucho antes de que

pudiese apretar el gatillo. Pero no quería matarlo, sino que se le juzgase por sus canalladas.

Pegó un aullido y se dejó caer en el asiento. Le había metido la bala en el brazo.

—Peggy —dije a la joven—, tú conducirás. Iré detrás con el doctor Johnson y Joe. Y ya sabes cuál es nuestro destino. La comisaría de San Bernardino.

* * *

El caso se había solucionado.

El mayordomo Lloyd Wallace estaba en la cárcel. Confesó su crimen, aunque lloriqueó mucho y declaró en contra del doctor Johnson. Este fue quien le dio la orden de matar a Jane Meyer. El mayordomo había informado al doctor Johnson de la situación de Jane con respecto a Richard Lambert, y Johnson supo la amenaza que Lambert le había hecho a Jane un año antes. Y el doctor montó el crimen. En cuanto al diario del que habían recortado las letras, el propio mayordomo, aprovechando una salida de Richard Lambert, lo metió en la casa de éste.

Richard quedó en libertad y él y Samantha Ryan se podían casar.

Eran las cinco de la tarde. Yo estaba mirando el cheque que Mark Robbins me había enviado. Valía diez mil dólares.

La puerta de entrada se abrió y a continuación la que daba acceso a mi despacho.

Peggy Brook entró.

—Hola, Rock.

—Hola, Peggy.

Ella se acercó a mi mesa y vio el cheque de diez mil dólares.

—Caramba, es mucha plata.

—Te corresponde algo, Peggy.

—¿Cuánto?

—Lo que me pidas.

—Levántate, Rock.

Me levanté.

Ella, entonces, dio un paso hacia mí y dijo:

—Quiero que me des un beso. Y que me lleves a cenar.

Le di el beso y luego la llevé a cenar. Y bueno, hermano, ya

estoy casado con Peggy Brook.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España